

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 14 de Marzo

Núm. 10

Año XII. No. 530

SUMARIO

La vida fugaz del joven poeta inglés Rupert Brooke	Carlos Deambrosis-Martins	Sarmiento a los 120 años	Ezequiel Martínez Estrada
El monumento a Rupert Brooke		Del testimonio de Sarmiento	
El día panamericano		El rostro cuarentañero de Bolívar	Gabriela Mistral
Del homenaje a Rupert Brooke	Francisco Castillo Nájera	En el centenario de la muerte del Mahatma Bolívar	Fernando González
Paz	Paul Vanderborcht	Poemas	Rupert Brooke
Bibliografía titular		La vida de Vivekananda (y 4)	Romain Rolland
Qué hora es...?		Eurípides (4)	Sir Gilbert Murray
Un estudiante	Luis de Zulueta	El crepúsculo de las dictaduras (y 4)	José Rafael Pocaterra
Aria da Capo	Persiles	Tablero (1931)	

La vida fugaz del joven poeta inglés Rupert Brooke

=Envío del autor=



El monumento a Rupert Brooke

El Repertorio Americano anunció, hace tiempo, que por iniciativa de la asociación literaria belga La Lanterne Sourde, se había formado un Comité Internacional para erigir, en la isla griega de Skyros, un monumento dedicado al joven poeta inglés Rupert Brooke, enterrado allí en 1915, y a la Poesía inmortal.

El Comité Rupert Brooke, puesto bajo el patrocinio de las más elevadas personalidades de Inglaterra y de Grecia, recibió la adhesión entusiasta de numerosos escritores eminentes de Europa, de América y del Oriente. En el espíritu de los organizadores, esta obra de paz y de amistad literaria, debía significar un vasto movimiento de reunión, en torno de la Poesía, que acerca a los hombres en la Belleza. Una subscripción internacional ha permitido realizar el proyecto, que pudo aparecer, en un principio utópico. El admirable monumento, obra del escultor ateniense Michel Tombros, ha sido vaciado en bronce en Bruselas, donde el Comité Rupert Brooke y La Lanterne Sourde, lo presentaron, recientemente, a la élite literaria e intelectual de la capital de Bélgica, antes de expedirlo a Grecia. La conmovedora manifestación, alcanzó un verdadero triunfo. Los representantes de varios países, pronunciaron discursos animados de un mismo anhelo de comunión espiritual. El reputado ensayista Eugenio d'Ors, trajo el saludo del Comité español. En cuanto al Comité mexicano, tuvo como excelente intérprete, al Dr. Francisco Castillo Nájera, Ministro de Méjico en La Haya, literato que acaba de terminar una notable antología de poetas belgas, de lengua francesa, traducida al español. El Repertorio Americano tiene el placer de ofrecer a sus lectores el texto del discurso del Dr. Castillo Nájera y la traducción del poema Paz, de nuestro cofrade belga Paul Vanderborcht, fundador de La Lanterne Sourde y del Comité Rupert Brooke. Hacemos saber a nuestros lectores que la inauguración del monumento se verificará en Skyros, el 5 de abril de 1931. Con este motivo el Comité Internacional, ha organizado una excursión a Grecia. Escritores prominentes llevarán la alta y brillante representación de los países de la América latina.

En agosto de 1887 nació en Rugby un poeta predestinado a una gloria y a una muerte rápidas. El padre de Rupert Brooke dirige la escuela en cuyos bancos transcurrirá su infancia y luego su adolescencia de colegial, ejerciendo desde niño sobre sus compañeros de clase y de juegos ese hechizo que emanaba de su belleza física y de su alma límpida. Conoció las horas más amables de su mocedad en la campiña de Grantchester, y este recuerdo se quedará para siempre incrustado en su pupila hecha de ternura y de azul. Su vida de estudiante es activa y libre: no se limita a pergeñar poemas, a romper lanzas contra los rutinarios de la literatura y de la existencia cotidiana; reclama violentamente más justicia y más bondad para los desheredados del mundo. ¡Más bondad! Porque el amor de la humanidad se ha ahondado en su corazón de apóstol irónico, exento de énfasis. Comulgando a diario con la vida llena de decepciones y de promesas, ha moldeado su fe que mira hacia un porvenir mejor y más armonioso... Encarna así la juventud ferviente y rebelde, la Poesía y la Amistad. «Solamente hay tres cosas en el mundo», dijo en cierta ocasión: «la una es leer poesía; la otra es escribir poesía, y la mejor de todas, es vivir la poesía». En cuanto a su gran deseo de amistad, está vaciado en un párrafo de una de sus cartas: «Todos los días de mi vida y en no importa qué país pueda hallarme, quisiera tener constantemente amigos a mi alrededor».

Anhelando extender su

visión del mundo, el poeta se embarca en 1913 rumbo a América y a Oceanía. En el momento de abandonar su país, sintiéndose bruscamente solo en Liverpool, paga a un muchacho del puerto — Guillermo — para que agite su pañuelo cuando el barco comience a marchar... En Estados Unidos y en el Canadá, el viajero recibe una acogida afectuosa. Pero los mares del Sur le atraen. Emprende ruta para Hawai. Decepción en Honolulu. Rupert Brooke se opondrá, mucho antes que Alain Gerbault, a la influencia superficial de una parodia de civilización que mata la encantadora originalidad de las poblaciones indígenas. Sin embargo, encuentra todavía en las maravillosas islas, bastante frescura y belleza para entregarles su amor. En Samoa penetra en el corazón de la lujuriante naturaleza para descubrir la tumba de Stevenson, cuyo recuerdo, — escribe él en sus notas de viaje —, ha quedado allá aromado de dulzura, sobre todo entre los nativos. Después de haber atravesado las islas Fidji, se dirige a Tahiti. Nueva Zelandia... Nostalgia... ¡Con cuánta emoción piensa el poeta en su tierra natal, en sus amigos lejanos!... No pudiendo más con su melancolía el viandante regresa a Inglaterra, vía Estados Unidos. Apenas ha desembarcado en su patria, y el azote de la guerra se abate sobre Europa.

La guerra. — Rupert Brooke, soldado voluntario, llega a Amberes con un batallón de la marina inglesa, para tomar parte en la defensa de la plaza. Son los últimos días del sitio... El glorioso

puerto, que había resistido los reiterados ataques del enemigo, está a punto de ceder. El poeta atraviesa el Escaut sobre los puentes de balsas con el ejército belga que se retira sobre el Yser, mientras que el incendio envuelve la noche trágica... El cortejo sin fin de los civiles que huyen en dirección al mar, conmueve profundamente al joven escritor que, como tantos otros de su generación, ha trocado la pluma por la espada para defender la justicia y el derecho.

Africa... En febrero de 1915, el *Grantully Castle*, navío de guerra británico, conduce a Rupert Brooke hacia los Dardanelos. De esta travesía copiosa en peligros, lo único que retiene su ojo de artista es la embriagante perspectiva de un viaje a Oriente. A lo largo de España descubre en la brisa marina «algo de terrestre y de cálido, como la conciencia de una presencia en la sombra»: el perfume aéreo de Andalucía. El barco costea la región berberisca, Túnez, que surge en medio de un chorro de luz solar, con sus montañas leonadas y sus aldeas blancas. Escala en Malta. Y luego, el cielo suave del Archipiélago y del mar Egeo: «cielo de ópalo, de perla y de oro ligero». El viajero-soldado que adora la Hélada y venera su antigua civilización, llega a Lemnos. Falsa alarma en la noche, sobre «el mar Egeo fosforescente». La hora del combate ha sido diferida. Rupert Brooke morirá sin haber conocido el cuerpo a cuerpo, la horrible carnicería de la guerra en la cual debía perecer su hermano menor y casi todos sus compañeros. En efecto, el *Grantully* retrocede y encamina sus pasos hacia Egipto, arribando a Puerto Said el 27 de Marzo. El poeta aprovecha su primer permiso para conocer el Cairo, visitar las Pirámides, la Esfinge... Al retornar al canal de Suez una insolación lo tumba en el lecho. Apenas convalesciente, debilitado por la dieta, se embarca por *motu proprio*—para no dejar partir sin él a sus camaradas. El 17 de abril, la nave de guerra atisba a Skyros, la bella isla griega de las Espórades, donde según se asegura, murió Teseo, y donde la leyenda guarda devotamente el recuerdo del viejo rey Lucomede y de los héroes de la Iliada. Tuvo allí el soldado-voluntario algunos días de tregua para admirar la pintoresca roca y sentarse con sus amigos en ese recodo del mundo, lindo huerto de olivos con panorama de mar mediterráneo, en el mismo sitio en que poco tiempo después debía ser cavada su fosa.

El 23 de abril de 1915, el soñador Rupert Brooke cerraba los ojos mortales a la edad de veintiocho años, arrancado a la vida por un envenenamiento de la sangre, a bordo del buque hospital francés *Duguay-Trouin* anclado en la bahía. «El sol brillaba de los cuatro costados en torno de su camarote».

¡Funerales patéticos en su simplicidad! Dejemos aquí hablar a dos antiguos marinos. Interrogado recientemente por el diario parisiense *L'Intransigeant*, el marino francés Agustin Cornion, que se hallaba en el *Duguay-Trouin*, y que llevó sobre sus robustos hombros de bretón el cuerpo del bello poeta inglés:

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

—«...Un pastor ofició en el pequeño camarote. Luego se trasladó el ataúd a una chalupa. Tres equipos de cuatro hombres se relevaban. Franceses e ingleses nos encontrábamos mezclados. Al cabo de hora y media, llegamos a través de un camino difícil y pedregoso, a un huerto de olivos. El tiempo era malo y las nubes cubrían la luna. Por lo que tuvimos que alternarnos a la débil luz de los faroles de un cabo al otro del sendero rocoso... A las primeras paladas de tierra, el pastor leyó los salmos... Después, un oficial británico pronunció una oración fúnebre que yo no comprendí. Los clarines resonaron en la noche. Luego, cada quien regresó a bordo. Todo había terminado»...

Verhaeren, el genial aeda belga, autor de *Las Campañas alucinadas* y a quien Atropos cortó ingratamente el hilo de la vida humana (1916), consagró uno de sus poemas póstumos a la muerte de Rupert Brooke:

«...Nous l'avons mis sur nos épaules fraternelles
Y maintenant sa bière avec nos larges mains.
Des flambeaux allumés éclairaient les chemins
Au long des roches éternelles...»

(«...Con nuestras grandes manos pusimos su féretro en nuestros hombros fraternales. Hachones encendidos alumbraban los caminos a lo largo de las rocas eternas...»)

Marcha fúnebre.—Un marino inglés y amigo íntimo del poeta, Denis Browne, joven compositor de talento que sucumbió delante de Galipoli poco después de haber cavado personalmente el sepulcro del apolíneo durmiente de Skyros, dejó también la descripción de aquella noche del 23 de abril de 1915: «Imaginad el espectáculo bajo una luna oculta por las nubes, con las tres montañas a nuestro alrededor y, por todas partes, esos divinos olores». El aroma de la salvia en flor perfumaba el silencio triste... «Mis amigos y yo nos quedamos atrás y cubrimos la tumba fresca con grandes bloques de mármol blanco que yacían en los bordes del sendero...»

La obra.—Rupert Brooke murió a los 28 años de edad. Su estro se apagó, pues, demasiado pronto! Tuvo tiempo, sin embargo, de publicar varios ramilletes de versos que han sido reunidos en un es-

peso volumen, admirablemente presentado por los editores de Londres, Sidgwick, and Jackson, bajo el título de *Collected Poems*. En la dicha obra se encuentra la biografía detallada escrita por Edward Marsh, la cual nos ha servido para presentar al leyente, a vuelo de pájaro, la vida de peregrino del joven estudiante de la Universidad de Cambridge... En la misma casa editorial se han publicado los otros dos libros en prosa: *Letters from America* y *John Webster and the Elizabethan Drama*.

La colección completa de sus poemas ha conocido ya numerosas ediciones y la cifra anual de la venta—cifra extraordinaria sobre todo si se considera que se trata de poesías—bastaría para demostrar cómo es leído Rupert Brooke en Inglaterra y en Estados Unidos, a despecho de que «haya pasado de moda» en ciertos medios de vanguardia intelectualista donde se prefiere una sequedad rigurosa y una excentricidad cerebral, a su romanticismo discreto y su vibrante sinceridad.

Testimonios.—Lugar y autoridad nos faltan para intentar un examen de su obra poética, tan ornada de exquisita sensibilidad, de música y de inteligencia. Citemos tan sólo una frase de un estudio substancial del gran poeta inglés John Drinkwater: «Para los que vean en la poesía la perfecta prolongación de la vida, la historia de Rupert Brooke significará siempre esa veintena de poemas en los cuales alcanzó la plena madurez de su genio y dió una imperecedera expresión a la esencia misma de su personalidad.»

A pesar de que la belleza verbal y rítmica de una poesía extranjera no pueda ser *igualada* en una versión, el *Comité Rupert Brooke* prepara una traducción francesa de los poemas del gran portalira muerto en Grecia. Esta ardua faena está encomendada a la alta competencia de Monsieur Rolland Leymon. Será el libro un ardiente homenaje internacional a Rupert Brooke y a la Divina Poesía, y contendrá interesantes testimonios sobre el poeta y sobre el sentido que encierra este tributo de generosidad y de justicia.

«Había en él—escribe un importante personaje del Imperio Británico en el diario helénico *Eleutheron Vima*—un algo del alma de los antiguos atenienses y es por una orden del destino que su cuerpo ha vuelto a la tierra de sus sueños, a la patria de sus pensamientos... Acaso preveía su fin cuando exclamó en rueda de camaradas, en el huerto de olivos: *He visto la Tierra sagrada del Atica y ahora puedo morir*».

Tales palabras de oro han sido esculpidas en griego moderno sobre el mármol de la peana, para que el viandante que se detenga a meditar ante la bella estatua sepa que la curva terrestre de una joven vida armoniosa ha venido a terminarse aquí, bajo el cielo amado del poeta. Este adiós y la nobleza de su vida le han valido a Rupert Brooke la dulce y serena amistad de la Hélada.

Carlos Deambrosis-Martins

París, 1930.

El día panamericano

=De La Prensa, Buenos Aires, Dicbre. 28, 1930.=

El Boletín Panamericano de Washington, en su número correspondiente al día 30 de junio del corriente año, dice lo siguiente: «El consejo directivo adoptó una resolución en virtud de la cual se recomienda observar el día panamericano en todas las repúblicas del continente americano, fecha que estableciera como un símbolo conmemorativo de la soberanía de esas naciones y de la unión voluntaria de ellas en una sola unidad continental».

Antes de seguir adelante en la reproducción de la nota, se impone una importante observación. No podemos explicarnos, ni menos aceptar, que la celebración de un día panamericano pueda establecer algo como un símbolo conmemorativo de la soberanía de las naciones americanas. Estas adquirieron, con pleno derecho, su soberanía desde el momento en que el esfuerzo de sus grandes hombres, secundado eficazmente por el heroísmo de sus hijos, les conquistó la independencia política. Aun en los casos en que algunas de las repúblicas ame-

ricanas han sufrido el peso ominoso de la tiranía, se han visto privadas de la libertad ciudadana interna, pero su soberanía nacional ha permanecido incólume. Mas aún: esos mismos tiranos que las han oprimido, poniendo una nota simpática en el cuadro tenebroso de su obra, han defendido enérgica y patrióticamente esa soberanía.

«La resolución del consejo—continúa diciendo la nota del Boletín—recomienda que los gobiernos miembros de la Unión Panamericana designen el día 14 de abril como día panamericano y que en esa fecha se desplieguen las banderas de los respectivos países. El 14 de abril representa la fecha en que la primera conferencia internacional americana aprobó la resolución creando la Unión Panamericana».

Esta resolución merece comentarse, sobre todo porque algunos países latinoamericanos han aceptado esa fecha y se disponen a celebrarla el año próximo con toda solemnidad, sin detenerse a reflexionar lo que significa la elección

de un día como representativo de una gran causa. Compleja, por sí misma, demanda esa elección un detenido estudio y una gran imparcialidad si se quiere escoger el día preciso, o, por lo menos, el más apropiado, que encarne, que simbolice la causa, la idea que se quiere sintetizar en la fecha adoptada para ese fin.

Si el consejo directivo de la Unión Panamericana hubiera elegido como día panamericano la fecha en que se inauguró la primera conferencia internacional americana, aun cuando habría serias objeciones que hacer, y las haremos más adelante, siempre hubiera habido una causa relativamente aceptable para la elección, por tratarse de un acontecimiento panamericano de trascendencia; pero tomar como fecha conmemorativa la creación de una entidad, cualesquiera que sean sus prestigios y merecimientos, es algo que no parece oportuno. Debe recordarse, sobre todo, que la entidad de referencia, al crearse, no constituía el organismo político que es hoy, sino que se reducía a una simple oficina de propaganda, como lo indica la disposición en que se le dió vida y que consistió en una recomendación a la comisión de reglamentos de aduana para que la proyectase.

De conformidad con esa resolución, la comisión propuso la creación de una asociación titulada Unión Internacional de las Repúblicas Americanas, cuya finalidad sería la pronta compilación y distribución de datos sobre el comercio, el establecimiento dentro de dicha Unión de una oficina que tendría a su cargo las traducciones, publicaciones y correspondencias relativas a la Unión Internacional y la publicación, como órgano suyo, de un boletín que se imprimiría en inglés, español y portugués.

Por otra parte, el panamericanismo no es una idea nueva. Sus raíces ahondan en un pasado relativamente remoto, anterior a la completa emancipación de los pueblos americanos. Los hombres más ilustres de la difícil época de la epopeya libertadora, acariciaron ya el pensamiento de una América unida por toda clase de vínculos, capaz de ofrecer a la humanidad, por su armonía y su progreso, una verdadera tierra de promisión. Precisamente esa antigüedad de la idea sin que haya envejecido, sino al contrario fortalecido y renovándose, le da gran consistencia. Con ligeras discrepancias de punto de vista, cuestión más de forma que de fondo, la causa del panamericanismo es considerada por los estadistas y hombres de pensamiento, como uno de los más bellos ideales a que puede aspirarse. Por lo mismo, para consagrar una fecha a tan elevada aspiración, debió haberse buscado un hecho representativo más concreto, algo que evocara un vigoroso esfuerzo en favor de la idea.

Debió además tenerse en cuenta—punto de capital importancia—que el proyecto de unión americana fue concebido y expuesto, antes que lo hicieran otros hombres de Estado, por hijos ilustres de la América Latina. Francisco Miranda desde 1795, cuando ponía los cimientos

UD. VIVIÓ MUY DE PRISA, Y.... AHORÁ SUFRE LAS CONSECUENCIAS

Durante muchos años vivió Ud. demasiado de prisa y aparentemente no le afectaba la disipación. Sí, porque Ud. era "diferente" a los demás hombres. Tenía una constitución espléndida, que podía resistir la "brega". La falta de sueño no le afectaba. Después de un par de horas escasas de sueño se levantaba Ud. sintiéndose como una campana. Las juergas eran lo único digno de vivirse y apenas si daban abasto para satisfacerle.

Ahora percibe Ud. ciertos cambios que le arrollan — se siente Ud. distinto. Ya no es Ud. el alegre calavera de antes. Se le dificulta abandonar el lecho, y cuando se levanta siente que "se le va la cabeza". ¡Aquellos años de febril disipación comienzan a dejarse sentir! Y déjeme que le diga, joven amigo, que si se dejan sentir ahora, mucho más han de pesar sobre sus hombros si no despierta y se pone en guardia. La Naturaleza le dió una suma limitada de energías y de fuerzas. Ud. las ha disipado, y ahora utiliza nuevas energías más a prisa que lo que puede reunir el sistema.



¡OBEDEZCA LA SENAL DE PELIGRO!

Destruye Ud. con mucha mayor rapidez que edifica y mientras prolongue esa marcha, peores serán las consecuencias. Ahora es el momento de frenar su marcha — antes de que sea tarde. Ud. puede hacerlo. El STRONGFORTISMO le demostrará cómo; pero precisa que actúe Ud. sin demora. Cada día perdido significa mayores dificultades en volverle a sí mismo. Así pues, ¡a la lucha!

QUE EL STRONGFORTISMO LE AYUDE.

Que le restaure la potencia vital que UD. SABE esta perdiendo con ruinosa rapidez.

YO LE DARÉ FUERZA VARONIL. El STRONGFORTISMO rehabilitará su cuerpo de tal manera que le transformará en un hombre nuevo. Le preparará para cualquier labor física; le dará bríos, pujanza, vigor. Irradiará Ud. salud y bienestar. Tomará confianza en sí mismo y no temerá a nada ni a nadie. En las fiestas y en los bailes será un hombre sobresaliente: solicitado por las damas y admirado por sus compañeros.

PIDA MI LIBRO GRATIS.

La experiencia y los descubrimientos de toda una vida están incorporados en mi libro maravillosamente instructivo "PROMOCION Y CONSERVACION DE LA SALUD, FUERZA Y ENERGIA MENTAL", que le dirá con franqueza cómo puede Ud. mismo transformarse en un espécimen de viril masculinidad. Marque en el cupón de consulta gratis las materias sobre las cuales desea informes confidenciales y envíemelo. Pida este libro gratis AHORA MISMO.

LIONEL STRONGFORT
el hombre perfecto.

INSTITUTO STRONGFORT

Lionel Strongfort, Director — Especialista en Salud y Cultura Física
Berlín-Wilmersdorf (Alemania).

CONSULTA GRATIS Y CONFIDENCIAL

(Póngase el tranqueo suficiente para cartas al Extranjero)

Instituto Strongfort, Berlín-Wilmersdorf (Alemania).

Sírvase enviarme completamente gratis el libro "Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental", en idioma español. He marcado con una X las materias en que estoy interesado.

- | | | | |
|--------------------|------------------|--------------------|--------------------------|
| —Catarro | —Vicios Secretos | —Impotencia Sexual | —Desórdenes del estómago |
| —Asma | —Barros | —Nerviosidad | —Mayor altura |
| —Dolores de cabeza | —Obesidad | —Estreñimiento | —Desarrollo muscular |
| —Hernia | —Vista débil | —Respiración corta | |
| —Delgadez | —Reumatismo | —Pulmones débiles | |

Nombre (escriba con claridad)

Edad..... Calle ó Casilla Postal

Ciudad..... País.....

1043

de su grande obra, hablaba ya de una América unida por comunes intereses materiales y morales. En 1810, el chileno Juan Engaña insinuaba la misma idea como medio de defensa ante las posibles agresiones de Europa. Ocho años más tarde, en 1818, otro ilustre compatriota suyo, Bernardo O'Higgins, insistía en el mismo tema hablando de una confederación americana. En las instrucciones dadas a San Martín por el director Pueyrredón, se indicaba la convención de que se procurase la venida de delegados de otras naciones de América para celebrar en Buenos Aires un congreso de carácter americano. En 1823 Bernardo Monteagudo dió a luz en Quito su famosa memoria sobre federación americana, y unos años antes el centroamericano José Cecilio del Valle había publicado un estudio análogo en que exponía, con clara visión, las fases económicas y políticas del problema. En los quince últimos años de su vida, Simón Bolívar dedicó gran parte de sus poderosas actividades políticas a la realización de tan hermoso ideal. Rivadavia, Martínez de Rosas y

otros muchos hombres conspicuos, con puntos de vista muy semejantes, se pronunciaron en igual sentido.

Tomando en consideración los argumentos que anteceden y otros muchos, no menos valiosos, que podrían aducirse, fácil es comprender que otra, y no el 14 de abril, debe ser la fecha elegida para *día panamericano*. De acuerdo con un espíritu de justicia y contemplando los diferentes aspectos del asunto, la elección debería hacerse espigando en la obra panamericana realizada por los pueblos que fueron progenitores de la idea. Posiblemente el día más indicado sería aquel que señalara el primer esfuerzo concreto realizado en tal sentido; la primera reunión de plenipotenciarios congregados para resolver ese problema. De tal guisa, sin que esto implique pronunciamiento de nuestra parte, la fecha de elección que llenaría mejor las condiciones requeridas, sería el 22 de junio de 1826, en que celebró su primera sesión pública el Congreso de Panamá.

Del homenaje a Rupert Brooke

Discurso del Sr. Dr. don Francisco Castillo Nájera, Ministro de México en los Países Bajos.

Un triple obstáculo hace imposible el buen desempeño de mi encomienda: lo excelso del asunto, la aristocracia intelectual del auditorio y la distinción de aquellos a quienes represento.

Por obra del azar, soy el intérprete del comité mexicano; honra tan grande no se compadece con mi pequeñez. Me ruborizo al pensar que hablo en nombre de mis ilustres compatriotas: González Martínez, uno de los más preclaros simbolistas de habla castellana, traductor de Rodenbach, Verhaeren y Maeterlinck, a los que dedicó varias conferencias, en 1917, y un libro: *Tres Grandes Poetas Belgas*, en 1918.

José J. Tablada, vecino a la sesentena y siempre joven, aparece en las antologías que se suceden, porque su talento y su arte le han permitido renovarse sin perder su originalidad.

Rafael López, cantor eminentemente mexicano, modernista a principios de siglo, que inició un movimiento equivalente al que en Bélgica encabezaron Ruyters, Vandeputte y Rency.

Genaro Estrada que, con igual éxito, cultiva la historia, la crítica, la novela y la poesía.

José de J. Núñez y Domínguez, flamante académico de la lengua, convertido al clasicismo, después de haber cosechado en los vergeles simbólicos y neo-románticos.

Alfonso Reyes que es, en la América Latina, un erudito comentador de los clásicos y al mismo tiempo el más idóneo representante de las tendencias de Mallarmé, de Valéry y de Claudel.

Jiménez Rueda, uno de nuestros más eximios dramaturgos, y Orozco Muñoz, ingenuo como un primitivo, cuyas obras salientes son las expresiones de su amor para este noble país: *La Bélgica Mar-*

tir y Bélgica en la Paz, la primera traducida al francés con el título de *La Belgique Violée*.

Estos esbozos os harán comprender mi desconfianza en la interpretación.

En cuanto a quienes me escuchan, nada temo, sé que su benevolencia iguala a su elevación.

Confundir en un homenaje único el que se tributa a un poeta y el que se dedica a la Poesía inmortal, es una concepción de las que sólo germinan en el jardín azul donde florecen las rosas del ensueño, salpicadas con polen de los astros y regadas con las linfas del ideal más puro: en el espíritu de los poetas.

Gesto que es dulce y es consalador. Cuando la época parece monopolizada por el utilitarismo que lo invade todo, cuando los escépticos y los hostigados por la anarquía espiritual dudan o niegan las posibilidades de una vida mejor, endulzada por las mieles del amor universal, un acto como éste es de una significación inmensa y el presenciarlo nos produce una sensación de euforia y de aliento.

Porque es gota de luz que en la tiniebla canta el preludio de una aurora próxima a reventar en floración que cubra el cielo todo. Una chispa es no más, pero si se encumbra se extenderá en incendio. Vena que apenas fluye, se trocará en torrente.

Los poetas patentizan que aún tiemblan en la entraña de los hombres los retoños del Bien y de la Belleza. Y, con su aguda penetración de visionarios, profetizan un porvenir triunfante, un futuro de alteza, de paz y bienhechora calma. Seguros de la realización de sus visiones, de que habrá de cuajarse su esperanza, hacen fundir un

bronce, en forma de poeta, que exhiba en material sustancia el vigor de su fe. De esa fe instintiva en los mágicos videntes. Ya sueña la teoría en los tiempos futuros, cuando los reverentes peregrinos lleguen hasta la isla de Teseo a postrarse ante el poeta y la Poesía Inmortal, cuyo doble monumento, doble y uno, pregone, bajo el azul zafiro de los cielos, frente al azul turquesa de los mares, el ideal que plasmó la fe de los creyentes de hoy y que será, en esos días de gloria y de ventura, realizada conquista permanente.

¿Y Brooke? Feliz él, pasó por el mundo regando los lirios y violetas de sus cantos. Cruzó, bello, juvenil y fuerte. Su espíritu inquieto escrutó los enigmas de las almas y el misterio de las cosas. Dialogó con el mar y con la noche.

Cayó nimbado entre fulgores de epopeya. Su vida fue fugaz y luminosa como la deslumbrante vibración de un meteoro.

Al recibir el beso de la muerte, quedó ungido por la admiración de la posteridad.

Verhaeren, el lírico mas grande de la poesía contemporánea, al dejar, sobre el recuerdo del bardo rubio, la corona bronceada de su canto, le dio el bautismo de la inmortalidad.

¿Brooke? Feliz él que se ha trocado en símbolo. Eucaristía en el comulgatorio de la poesía universal.

Como Byron fue hermoso y amigo de los viajes. Como Byron tuvo la visión de Bélgica antes de partir para hundirse en la eternidad, besado por el cielo de la Hélade, de cuya libertad ambos fueron paladines.

Más que Byron, refuerza los vínculos poéticos de tres naciones: Grecia, Inglaterra, Bélgica.

Grecia, la divina madre de la Belleza pura; Grecia, manantial eterno del arte. Albión que, con Sheakespeare, Milton, Shelley, Keats, Swinburne, Tennyson, Rossetti y tantos y tantos más, es antorcha deslumbrante cuyos fulgores se reflejan en extranjeras líricas.

Y Bélgica, que a no tener otros, tendría bastante con Ruusbroec, Guido de Gezelle, Rodenbach, Verhaeren, Van Lemberg y Maeterlinck, para ceñir la inmortal aureola de la gloria poética.

Y mientras el mar griego, divinamente azul, resucita en sus ritmos el cantar de las sirenas y mece el sueño del poeta, saludemos la estatua que, muy en breve, señalará el santuario en el que las futuras generaciones, al depositar su ofrenda ante la Poesía Inmortal, consagrarán un recuerdo de gratitud y de simpatía a quienes hoy, palpitantes de fe y trémulos de esperanza, cultivan, en sus corazones, un amor infinito por todo lo que es grande, por todo lo que es bello.

Y para que el poeta-símbolo reciba un saludo en mi lengua maternal, doy término a mi encargo, con la traducción, que me he permitido hacer, de un hermoso poema de Vanderborght:

Paz

A Rupert Brooke

He visto la Tierra sagrada de
la Atica y ahora puedo morir.

RUPERT BROOKE

Era un soldado intrépido, gentil, el rubio bardo
sin miedo y sin reproche, fue el último Bayardo;
bajo el azul reposa, en peñascoso suelo,
junto del mar tranquilo—prolongación del cielo—.

Reposa y la olivera dulcemente lo abriga,
entre olores de salvia y de la tierra amiga.
Apagó Primavera sus rayos postrimeros.
...Llegan ecos distantes: cantan los mulateros...

La tumba en un divino monte del Archipiélago,
bañada por las luces, mecida por el piélago.
Un espacio armonioso de la gracia inicial...
en el azul eterno, el mármol sepulcral!...

Es el cielo de Grecia y de votos logrados,
que del pavor libera los ojos angustiados.
Es un cielo de música y de claror divino,
olvido dan sus besos al triste peregrino...

Duerme... Ya tu sonrisa queda en los rayos vivos
del suave sol que roza los áticos olivos.
Tus irónicos labios perfumaba el amor
que en el aire odorífero recobra su frescor.

Tu juventud que duerma, que oiga pasar la grey
de las mozas de Esquirio y de su antiguo rey.
Sólo fue un intermedio la ardiente vida tuya;
hoy el cielo te guarda mientras el mar te arrulla.

Cuando el delfín los hiende, estos mares tranquilos
a tus pies desanudan, con perlas de sus hilos,
las rosas de Inglaterra y el friso en movimiento
de la espuma que danza al capricho del viento.

El molino de Grántchester, el campo del Rugbí...
Las caras amistosas y el libro familiar...
Abril daba un sentido al dulzor de vivir.
Es tu país lejano que canta sobre el mar...

Barcas de pescadores en surco que serpea:
cristal de luz y plata, ruta de la Odisea.
Las aguas apacibles bajo cadencia suave...
Camino al Helesponto la vela de una nave...

Brisa sensual y cálida, aunque dulce y serena,
porque besó los ojos de la cautiva Elena...
Lemnos y Mitelene son dos joyas azules
ornando el Archipiélago que arropan leves tules.

Los mozos que marcharon, pletóricos de anhelos,
en los malditos días, hacia los Dardanelos!
La muerte reproduce el mirar de sus ojos
cuando el sol ensangrienta los crepúsculos rojos.

Lo mismo que tú duerme la turba compañera,
aquellos que una grata noche de primavera
te dieron la paz última bajo árbol ceniciento;
a sus cuerpos y al tuyo los besa el mismo viento...

Siquier no conociste los hombres enemigos,
ni en grande cementerio la Europa convertida;
soldado, entre fulgores y en medio a tus amigos,
fue canto de poeta tu hermosa despedida!...

Se bate el trigo nuevo que en pobre mies segaron,
la salvia y el rocío las cabras masticaron...
A la isla de Teseo el nauta se apresura,
buscando el promontorio, y tu nombre murmura...

Paul Vanderborght

Obsequio de los autores:

José Peralta (108, Boulevard Berthier.
París): *El monarquismo*. Su origen, de-
sarrollo y constante labor contra el pro-
greso, la libertad y la ciencia. Editorial
LE LIVRE LIBRE. París. 1930.

Juan Antonio Solari (Zaballos, 835. Ave-
llaneda. F. C. S. Rep. Argentina): *Voces
y Estampas*. Buenos Aires.

Humberto Salvador (Quito, Ecuador):
En la ciudad he perdido una novela...
Quito. 1929.

Luis Aurelio Vergara: *Vórtice*. Santa
Marta, Colombia. 1930.

Letizia Repetto Baeza: (Casilla 3777.
Valparaíso. Chile): *La cenicienta del jazz*.
Prólogo de Alfredo R. Bufano. Portada
y ex-libris de Andrés Zampieri.

Copa de horizontes se llama el último libro
de Concha Espina. La Compañía Ibero-Ameri-
cana de Publicaciones (S. A.) Madrid, ha hecho
la preciosa edición de estos cuentos.

La editorial ESPASA-CALPE nos honra con el
obsequio de

Don Segundo Sombra, la famosa no-
vela de Ricardo Güiraldes. Reedición.
Será el tomo VI de las OBRAS de Ri-
cardo Güiraldes, editadas ahora por Es-
PASA-CALPE.

Siguen llegándonos los interesantes «Cuader-
nos de Cultura», editados en Valencia, España

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos
que se reciben de los autores y de las casas editoras)

(Calle del Embajador Vich, 15). El Núm. XXV
corresponde a

Por la Escuela renovada, por Carmen
Conde, Valencia. 1931.

La Universidad de México, ahora Universidad
Nacional Autónoma, renueva sus actividades,
promueve y extiende su acción cultural. Nos
llegan los tres primeros números de *Universi-
dad de México*, excelente mensual. También
nos llegan dos interesantes folletos:

Miguel A. Quintana: *La nueva política
comercial americana con el exterior y
sus efectos en la economía de México*.
Universidad Nacional de México Autó-
noma.

Fray Bernardino de Sahagún: *La Con-
quista*. México. 1929.

De la serie CUADERNOS POPULARES. Se-
rie III. Núms. 1 y 2. México. Exten-
sión Universitaria. 1929.

Con los maestros de inglés A propósito del Método de Chaves Castro

Es lógico que el propósito de un texto para
el aprendizaje de un idioma debe ser única y
exclusivamente ese aprendizaje. Pero es difícil
resistir la tentación de emplear la enseñanza
de un idioma como medio para enseñar algo

más. Así, en la mayoría de los textos para el
aprendizaje del idioma inglés que se publican
en los Estados Unidos, parece que por encima
del fin lógico se ha tenido el propósito de ha-
cer del estudiante un buen ciudadano *norte-
americano*. Ello es natural. A los estados Uni-
dos llegan—llegaban, sería más cierto—extran-
jeros por centenares de millares cada año a
establecer allí su nueva patria. Carecían del
idioma, y desconocían también los ideales del
nuevo país. Con lo uno se intentaba dar lo otro
al mismo tiempo. Y con frecuencia en esto se-
gundo se pecaba por causa de demasiado celo.
Así, hay textos para enseñarles inglés a los
recién llegados, en los que abiertamente se
predica contra las uniones obreras. Así también
hay libros de la misma especie en los que se
enseña, falseando la verdad, que nada conviene
tanto al bienestar social como que las empre-
sas de servicios públicos permanezcan eterna-
mente y sin mayor vigilancia del Estado bajo
el dominio de particulares.

El problema que esa clase de manuales pre-
senta se convierte en peligro muy agudo para
países como Costa Rica. Bien está, quizás—
aunque yo mucho lo dudo,—que en los Estados
Unidos se aproveche todo medio para el logro
de la norteamericanización de quienes allí acu-
den en busca de felicidad; pero es del todo
equivocado que en países como Costa Rica la
enseñanza del inglés o de cualquier otro idioma
sirva para inculcar en los educandos ideales y
nociones que nos son ajenos. Bastaría esta
razón para hacer del *Método progresivo para
el estudio y enseñanza del inglés* por el Pro-
fesor don Arturo Chaves Castro (Alsina, San

José de Costa Rica, 1930), un texto que debiera inmediatamente ocupar lugar preferente en todas las escuelas de la República. Tanto más como que en lo esencial es de por sí admirable. Posee claridad, de manera que de lo fácil se pasa a lo más difícil en graduación de adelanto tan diestramente dirigido, que en ningún punto del método se tropieza con dificultad que sobrecargue la inteligencia del estudiante. Su impresión no deja nada que desear: Fácilmente podría, en un concurso, obtener este libro el primer premio, tal es la nitidez de su impresión.

A pesar de cuanto indicio avieso tenga de lo contrario, creo firmemente, en que Costa Rica es una nación consciente. Si mi equivocación no es grande, este texto prontamente substituirá a todos esos manuales inferiores, de los que nos hemos venido valiendo, *faute de mieux*, quienes enseñamos inglés en la República.

Salomón de la Selva

San José, Costa Rica, Febrero, 1931.

Inglés

El método progresivo para su estudio y enseñanza,

mencionado en el artículo anterior, se vende por ahora en las siguientes casas:

Librería Fernando Fe,
Calle del Arenal,
Madrid, España

Librería Francesa,
Rambla del Centro 8 y 10,
Barcelona.

Librería Herrero Hnos.,
Av. 5 de Mayo, entre Palma
y Isabel la Católica,
Ciudad de México.

Librería Albela y Co.,
Habana, Cuba.

Librería Lumen de Montealegre,
Ciudad de Guatemala.

Librería E. Díaz Barneond,
San Salvador, El Salvador.

Carlos Feuberger y Co.,
Managua, Nicaragua.

Librería Alsina, (Sauter, Arias & Co.),
San José, Costa Rica.

Librería Ernesto Latorre,
Ciudad de Panamá.

Camacho, Roldán y Tamayo,
Bogotá, Colombia.

J. V. Mogollón y Co.,
Barranquilla.

Librería Nascimento
Santiago de Chile.

Librería Justo Arce y Co.,
Prat 525, Antofagasta.

Librería La Facultad,
359, Calle Florida,
Buenos Aires.

Librería La Normal,
Av. 7 No. 1119,
La Plata, Argentina.

R. H. Rogge,
San Pedro Sula,
Honduras.

Merece ser estudiado con interés y con cariño. Después de la guerra europea sobre todo, la sociedad humana, fatigada y asustada, se acoge a las viejas fórmulas morales y sociales que, buenas o malas, ofrecen al instinto de conservación un albergue tradicional y una secular defensa. Lo grave es que, malas o buenas, esas fórmulas, nuestra sociedad sabe que, en lo íntimo, ha dejado de creer en ellas.

Y la juventud no puede vivir sin creer. La vida nueva necesita una fe nueva.

La autoridad paterna, la autoridad social, los maestros, en suma, se quejan de que los jóvenes se les escapan y se les rebelan. Dolor explicable. Pero presumo que, en el fondo, también sienten hoy muchas veces los jóvenes la falta de los verdaderos maestros.

El siglo XIX y este siglo XX ofrecen una cierta semejanza en sus comienzos.

En 1815, caída de Napoleón, se rehace el mapa de Europa. En 1918, caída del Kaiser, el mapa de Europa vuelve a rehacerse. En 1815, después de una revolución y de una gran guerra, como en 1918, después de una gran guerra y de una revolución, el ambiente espiritual está cargado de inquietudes y de ansias renovadoras. En 1918, como en 1815, trata de mantener el mundo oficial un sentido conservador en lo religioso, en lo moral, en lo económico, en lo político.

Los hombres nacidos en las primeras décadas del XIX, los *hijos del siglo*, engendrados en años de guerra o de confusión ideológica, vinieron al mundo con una huella anímica peculiar, un rasgo de noble descontento, característico de aquella generación. También tienen su huella psíquica, su rasgo inconfundible, en esta vigésima centuria, los nuevos *hijos del siglo*, los que, nacidos después del novecientos, vieron con ojos de niño el horror de la guerra.

Pero hay una diferencia esencial entre los hijos del siglo XIX y los del siglo XX. Aquella primera generación romántica, físicamente lánguida, era soñadora y pesimista. Esta generación que ahora asciende, deportiva y soleada, quisiera poder ser optimista.

Leed esos libros de guerra y de post-guerra escritos por jóvenes. Los que tenían doce años cuando la guerra, como Ernesto Glaeser en Alemania, o los que tenían diez y ocho al llegar el armisticio, como Juan Prevost en Francia, traducen el mismo amargo sentimiento: desilusión.

Han perdido el respeto a sus mayores. Repudian rudamente los principios que sus antecesores predicaban en el hogar, en la escuela, en el templo, en el Foro o en el libro... Los rechazan porque han visto en el espanto de la guerra y en el fracaso de la paz que nuestra civilización no practica realmente esos mismos principios que sostiene y proclama con gravedad hipócrita.

Los hijos dejaron de creer en ellos porque, en la hora de la prueba, se dieron cuenta de que, en espíritu y en verdad, los padres tampoco creían... Desencanto angustioso.

Mas la juventud no sabe vivir sin ver temblar en el aire la bandera de una ilusión.

La juventud pide hoy una nueva sociedad y un nuevo Estado. Por eso se ha vuelto esencialmente política.

Convénzanse los varones maduros de que es imposible una juventud conservadora. Puede haber en Francia jóvenes nacionalistas, o en Alemania *cascos de acero*, porque estas tendencias, aunque erróneas, representan una transformación decisiva del actual orden de cosas en las respectivas naciones. Aunque ofuscados, pudo



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los hijos del siglo Un estudiante

=De El Sol, Madrid=

Terminaba el concierto en el teatro Payret de la Habana.

¡La Habana!... Hace ahora tres años, me despedía yo del la capital de Cuba, y desde la cubierta del barco veía alejarse sus claros edificios, sus fachadas de un blanco puro, un rosa pálido, un amarillo de marfil... Bajo la brisa templada del invierno antillano, la vida era allí tranquila, blanda, cómoda....

Leo ahora en *El Mundo*, de aquella ciudad, que el otro día acababa en el Payret un concierto de música cubana ejecutado ante distinguida concurrencia. Mientras el público se sentía quizá gratamente arrullado por las sonoridades de la orquesta, irrumpió en el escenario, con asombro de músicos y cantantes, un joven alto, vestido de negro, que comenzó a dirigir la palabra al auditorio en términos de enérgica reprobación.

Protestaba indignado el muchacho contra la presencia de tan numeroso concurso en una fiesta, cuando el país sufría y luchaba atravesando una aguda crisis económica y una profunda perturbación política. En nombre de la juventud, en nombre del Directorio Estudiantil, increpaba a la sociedad madura, capaz de divertirse indife-

rente en medio del dolor de la patria, y anunciaba el triunfo de los anhelos de la nueva generación...

Ante la inesperada arenga, muchos de los presentes aplaudieron, mientras que otros, temiendo que fuese a alterarse el orden, se apresuraron a abandonar el teatro. Entre tanto, el incógnito mozo desaparecía como una sombra....

La visión de ese mancebo vestido de luto recuerda un poco la de los antiguos profetas al final de los bíblicos banquetes.

Pero hay una notable diferencia. Antaño, el que conminaba a las almas distraídas, haciéndoles oír la voz del colectivo deber y anunciándoles los tiempos venideros era un anciano de blancas barbas. Hoy es un joven. Es un estudiante.

No hay ya jóvenes, muchachos y muchachas adolescentes son los que en Cuba sostienen—y aun alguna vez con el sacrificio de sus vidas en flor—la campaña por la libertad.

Lo mismo ocurre en casi toda Hispanoamérica. Más aún: es un fenómeno universal de nuestro tiempo esa inquietud idealista de los jóvenes.

haber en España hasta jóvenes carlistas, cuando el tradicionalismo era todavía una aventura guerrera, o, más tarde, jóvenes mauristas, cuando algunos vieron equivocadamente en D. Antonio un apóstol de la renovación nacional, desterrado de los viejos partidos. Pero ¡juventudes conservadoras!...

Hoy la juventud es izquierda, radicalmente iz-

quierda, porque la derecha representa la oposición a todo cambio, la terca resistencia del pasado. Hay que recoger y encauzar esa fuerza humana juvenil que entra en la vida tras la quiebra de la generación de la guerra europea. Cualquier cosa podrá nuestro corazón desear y esperar del porvenir. Cualquier cosa menos que sea igual que el presente.

L u i s d e Z u l u e t a

Persiflage

Aria da Capo

= Colaboración directa =

Para Carmen Lira, porque frunce la boca cada vez que le dicen: «¡Ay, qué dicha la suya, siempre dedicada a la educación de los niños, siempre rodeada de angelitos.»

Cortos, cortísimos me están resultando estos días en la casita del admirable viejillo inglés. Dentro de poco tendré que volver a mascar el freno y a aguantar la albarda. Menos mal para mí. Quienes me preocupan sinceramente son mis alumnos. ¡Pobres muchachos y muchachas! ¿Pensáis acaso que os enseño algo? ¡Cómo quisiera enseñaros! Hoy he meditado largo sobre la enseñanza. Le llegaron a Gissing unos libros y está la mar de contento. Se trata de una edición de *Tibulo* —la edición de Heyne— y de no sé qué otros volúmenes. El *Tibulo* es lo que lo tiene encantado. «He aquí, me ha dicho, un poeta de corazón de miel. No hay en toda la literatura latina retrato de poeta alguno, que nos quede, más encantador que el suyo.

«An tacitum silvas inter reptare salubres,
Curantem quidquid dignum sapiente bonoque est?»

y con eso se ha hundido en su sillón cómodamente. Yo he sacado mi cuaderno de apuntes y me he puesto a escribir, después de pensar; de pensar largo, frente al fuego que chisporrotea lo mismo que si fuera un niño que se divierte solo, igual que un niño, pequeño salvaje, que brinca y ríe y patalea y no se está quieto un instante.

Ya no soy niño. Me encanta estarme quieto. ¡Qué bien se están los muertos! Pobres alumnos los míos, rebosantes de energía, queriendo correr, saltar, bailar, cantar, y teniéndose que estar prudentemente, dominándose. Y yo dominándome también. Yo queriendo estarme quieto, callado, sin decir nada, y teniendo que hablar, que decirles algo, que moverme. ¿Puede enseñarse nada así? De una doble incomodidad, la del maestro y la de los alumnos, ¿puede nacer la sabiduría—la sabiduría que es cosa armoniosa y reposada?

¡Qué no diera yo por decirles alguna vez la verdad a mis alumnos! Por decirles: Criaturas, la vida es un misterio. No sé qué sea bueno en ella ni qué malo. Sé sólo lo que es malo para mí: lo que me hace daño, lo que me causa dolor. Y me causa dolor, me hace daño, verlos a ustedes odiando estas clases pero aferrándose a ellas, por ganas de un título que les dé derecho a hacer lo que yo hago: a entristecerse.

Pero no es entristecerse lo que quieren. Quieren tener una manera de ganarse la vida. ¡Ganarse la vida enseñando mentiras! ¡Incomodándose para ganar unos cuantos pesos al mes con qué ir la pasando! ¡Díganme si no es horroroso esto! Y entre las mentiras que se les enseña, la mayor es el conjunto de necedades acerca de la misión del maestro. El maestro director de almas, el maestro forjador del carácter, el maestro transmisor de la sabiduría del pasado, el maestro heraldo del porvenir... ¡Uf! Cien veces ¡uf!

Les digo la verdad. Me metí a estudiar para maestro porque era un pobre diablo, tímido ante el mundo, enamorado de la sabiduría, y creía que ella está en los libros y que me podría resguardar contra las acechanzas del enemigo. ¡Los libros que me he metido en la cabeza! He querido saber, y les digo que la sabiduría no está donde la he buscado. Más sabio que yo es quien ha podido comprender sus deseos y, sin hipocresía, sin miedo, los ha satisfecho. Más sabio que yo cualquiera de esos que saben cómo hablarles a las mujeres para que se rindan. Yo, ya no es vida la que llevo. Mujer a la que me acerco es mujer que me llena de susto y sobresalto.

Más sabio que yo es cualquier gañán que tiene hambre y sabe dónde aturarse de lo que le satisface el estómago. Yo tengo el estómago enfermo. Tengo malo el hígado. Me levanto con la lengua hecha un asco, desganado desde el amanecer. El desayuno invariablemente me produce un dolorcillo de barriga. Todo lo que es animal en mí anda mal. Criaturas, hay que darse cuenta de que se es animal. Hay que alegrarse de eso. Hay que saber ser buen animal. Fué la última lección de Omar. Todo este saber de la escuela, todas estas clases a tan malas horas, le hacen daño al animal. Son una estupidez mayúscula.

Ustedes quieren ser maestros de escuela. ¡Mejor se ahorcaran! No por injusticia que se les vaya a hacer. No es eso. Sino por la injusticia que ustedes van a cometer. Ya me parece verlos maldiciendo de su suerte, odiando a los niños. Porque los niños son odiosos. Y peor aún que odiarlos es llegar a sentir esto que yo ya siento: cariño para ellos. Es el cariño del esclavo para el látigo,

para la cadena, para el amo cruel. En psicopatía eso se llama *masoquismo*, nombre derivado de un poeta Sacher-Masoch que hizo de esa perversión psicológica el tema principal de sus obras. Sexualmente él era también así. El masoquismo es una enfermedad del deseo que hace sentir gozo en sufrir. Son masoquistas quienes dicen que es agradable el dolor. Y creo que ya se ha pervertido incurablemente el maestro que ama a sus atormentadores.

Mientras se les teme y se les odia a ustedes, aún puede estarse salvo. Pero en cuanto se les cobra cariño... ¡qué horrible! Acuérdense de Job, con una concha, rascándose las llagas de la lepra. ¡El gran consuelo que sentía el pobrecito! Y Job llegó a querer a sus llagas. No de otro modo es el cariño del maestro por la escuela. ¡Cuidense! ¡Cuidense! ¡Eso es lepra!

De ministro en el ramo de instrucción pública, a quien me pidiera plaza de maestro, le preguntaría: ¿Le gusta a usted enseñar? ¿Le tiene usted cariño a la muchachería? Y a quien me respondiera afirmativamente lo mandaría a echar de la punta del muelle de Puntarenas para que se lo coman los tiburones. Los buenos maestros son aquellos que francamente detestan enseñar y odian a muerte a sus alumnos. ¡Oh días aquellos cuando aún era vigoroso yo! Me consumía de ganas de darles a cada uno de mis discípulos una patada en la boca del estómago y una bofetada en pleno hocico. ¡Qué bueno era yo entonces! Ahora no. Ahora soy malo. Ahora les sonrío, les tolero todo, y suavemente, suavemente, los voy empujando a que caigan, sin poder salir jamás, en este infierno de la enseñanza.

Esas, criaturas, es la lección de hoy.

«¿Usted se acuerda con cariño de sus maestros?» le pregunto a Gissing.

«No», responde. «Me expulsaron del colegio.»

Gissing es uno de los más grandes literatos de la lengua inglesa. Es un verdadero sabio. ¡Qué cortos, cortísimos se me están haciendo los días a su lado! Dentro de poco tendré que volver a mascar el freno y a aguantar la albarda. Menos mal para mí. Quienes me preocupan son mis alumnos. Pobres muchachos y muchachas! ¿Pensáis acaso que os enseño algo?...

Persiles

Casa de Gissing, febrero, 1931.

1931

Revista de Avance

Editores:

Francisco Ichaso, Félix Lizaso,

Jorge Mañac y Juan Marinello.

Economía:

Número corriente	20 cts.
Número atrasado	40 cts.
Trimestre	60 cts.
Semestre	\$ 1.00
Un año	1.50
Apartado 2228	— La Habana, Cuba.

Hacia 1845, año de la publicación de *Facundo*, se vive la tercera de las múltiples etapas de la denominación española en América. Se han dislocado y adquirido valencias multiplicadas, las moléculas de ese cuerpo colonial que entra en descomposición pocos años antes de 1810. Se está luchando denodadamente por conciliar tantas furias que han estallado en la ambición. Cada individuo aspira a ser el centro de ese universo descalabrado. No se piensa todavía en la unidad nacional, sino, por lo contrario, en hacer más indiscernible ese caos a que se ha reducido un gran satélite disuelto.

Parecería que liberados de la tutela de España, cada voluntad, cada ser, cada unidad, procuraba convertirse en una nueva tiránica potencia que asumiera el dominio político perdido. Y todo bajo la bandera de la libertad.

No era la anarquía, que al fin y al cabo es un sistema, sino el desorden, la ambición exorbitada.

Esa crisis subsiguiente a la emancipación, fué el peor mal que aquejó a la República. Hasta entonces no se había encontrado consigo, a solas, esa población educada en el ejemplo de la violencia y el pillaje.

Se diría que hubiéramos adquirido un gran bien para nuestra ruina y que a la etapa de sumisión seguiría otra, tan larga y más triste de disolución y envilecimiento.

Es por estos años cuando ha llegado a la madurez de su inteligencia, en severísimas disciplinas morales, un hombre que vive pobre y expatriado, como es natural. Un hombre en quien, como de pronto, parece tomar conciencia de sí ese caos bárbaro.

Sarmiento concibe a la sazón, con muy pocos datos y muy deficientes informaciones, la teoría de la civilización argentina, que opondrá a la barbarie colindante.

La civilización ha sido el sueño de ese gran patriota en desgracia. Toda entera nació, ya armada, de su cerebro; y es la más formidable utopía que hombre alguno pudo convertir en realidad, dándole vida para cincuenta años.

Puso la suma de todas sus colosales ideas, que llamó civilización, frente a frente de esa realidad circundante que llamó barbarie. *Facundo* es el símbolo humano; pero, en torno de él vemos pulular una horda innumerable que llena y devasta el territorio. En esa obra están fijados mejor y con más precisión que en un mapa, desde la barbarie geográfica y étnica hasta la económica y cultural, los males cuatro veces seculares de que aún adolecemos. Bien se ve que en ese raptó profético Sarmiento no dividía en dos partes, a derecha y a izquierda, dos porciones de nuestra sociedad, que no confrontaba hombre con hombre

Sarmiento a los 120 años

= De La Vida Literaria, Buenos Aires. =



Sarmiento

1811 — 15 de Febrero — 1931

Del testimonio de Sarmiento

La Sibila desoída quemaba uno de los tres libros que contenían los oráculos del Destino. Despreciados sus consejos de nuevo destruía el segundo, exigiendo por el tercero el mismo precio que por los demás. Otro camino debemos seguir, cuando las verdades son del dominio público. Desatendidos por un Estado, dirigiremos las mismas palabras a dos; y si no fuesen aún escuchadas, nos volveríamos a todos los pueblos y gobiernos suramericanos.

Parecía temerario tratar de contrarestar una tal medida apoyada y sostenida por una de las más influyentes y poderosas corporaciones religiosas del Estado; y para aquella clase de gente que anda con el día, esto hubiera sido mirado como un acto de estéril y petulante osadía. Mas para el hombre honrado, firme en las convicciones de su propia conciencia, y que se guía por los dictados de la moral y de la justicia, es cosa fácil embestir contra éstos aparentes obstáculos al triunfo de la verdad.

Creemos que se hace demasiado honor a los hombres honrados por el valor que despliegan en ciertas ocasiones; pues que para el hombre verdaderamente íntegro, esto es natural y muy fácil. Lo duro para ellos sería obrar mal.

Nosotros ni cristianos somos. Convenido como está que hemos nacido católicos y que fuera del jirón de la Iglesia no hay salvación, descansamos en la dulce y consoladora esperanza de que todos los demás se condenarán. ¡Ay! son mil millones de seres humanos los que no entran en la geografía católica: cuestión de geografía la salvación.

Debemos observar una vez por todas, que Mr. Mann no era hombre de partido. Gustaba más de la verdad que de la política. Aunque afiliado desde aquel instante con el partido de los Whigs, o sea los republicanos nacionales, no adoptó durante

(Pasa a la página 164)

hecho con hecho, cosa con cosa.

En el debe están con Rosas y *Facundo*, con la pampa y el gaucho malo y los resabios de la Colonia, el juego, la embriaguez, el estupro, la profanación, las tribus mestizas ávidas de rapiña, la desaparición de pueblos, la abyección de ciudades antes prósperas. En el haber ¿qué hay? Rivadavia ha caído y vive sus últimos años en el exilio; el general Paz está cautivo. Un recuerdo y una esperanza. En otras páginas se habla, con el tono melancólico de las mejores de *Recuerdos de Provincia*, del cultivo de la caña de azúcar, de la morera y el gusano de seda, de un puñado de jóvenes también desterrados, que, como él, ansían el bien de la patria.

Pero con estas pocas cosas, todas como soñadas, él supo formar primero un ideal y luego una realidad, que es la que vivimos.

Al flanco de Sarmiento, o en frente, o detrás, se colocaron pronto numerosos hombres de claro espíritu. Más, en pro o en contra, todos ellos llegaron a la plenitud de su inteligencia y de su obra en función de él. Porque fué él quien, como nadie tanto, había visto hasta más allá de nosotros, lo que habíamos sido, lo que éramos y lo que podríamos ser.

Trazó un diagrama teórico de nuestra posible realidad, ajustado, según se sabe, a la más sensata lógica; y marcó, para todos, los puntos cardinales de nuestra

organización: la escuela, las vías de comunicación, la formación del alma argentina y la probidad en el ejercicio del Poder. Que son las rutas, los problemas fundamentales que no hemos resuelto ni planteado bien todavía.

Cada uno de esos puntos se refiere a una falla ingénita, constitucional de nuestro país, y acaso la figura que resulta de su adecuada posición en el espacio y el tiempo argentinos, constituyen lo que Sarmiento entendía por civilización.

Más tarde pudo él realizar desde la Presidencia y el Ministerio, lo que desde Chile y Norteamérica no pasaba de ser afán. Según se han cumplido esos designios en el proceso de nuestra nacionalidad, hemos mantenido el prestigio y la dignidad, no siendo puramente casual que en los últimos años se relajaran las instituciones formadas sobre esas cuatro bases.

Parecería, pues, que nada de cuando hacia 1880 pareció incorporado a la nacionalidad, como conquista definitiva, hubiera pasado de ser una apariencia sostenida en tanto vivieron aquellos grandes ciudadanos hechos en la misma escuela de Sarmiento: Mitre, Avellaneda, Alberdi, Veléz Sársfield y tantos más (cualquiera fuese el grado de discrepancia con él; que esa es la manera, en suma, de valorarlos hoy). Estos grandes hombres crearon por

(Pasa a la página 168)

El rostro cuarentañero de Bolívar

= De Lecturas Dominicales. Bogotá. =

El rostro cuarentañero de Bolívar es y será siempre uno de los que más intrigue en la iconografía americana, cosa muy diversa de la placidez sonrosada de Washington y menos feo pero no menos patético que el de Lincoln. No tiene más de cuarenta años, y las arrugas le hacen una reja de prisionero, y la prisión es verdadera y corresponde a la fatiga y al desengaño que por fin le han atrapado. Las arrugas lo trabajan de dentro afuera, al revés de los demás hombres maduros. A los otros les estropea la sed y a éste el corazón, su enemigo, el clavo de adentro que no se puede despuntar.

El aguileñismo salta aquí y allá en la iconografía indo-española, del cura Hidalgo a Sucre, de Sucre a San Martín, de Portales a Alberdi, salta con todos sus grados y sus modos: aguileño-árabe, aguileño indígena y aguileño caucásico. Como el más riguroso aguileño se nos queda el de Bolívar.

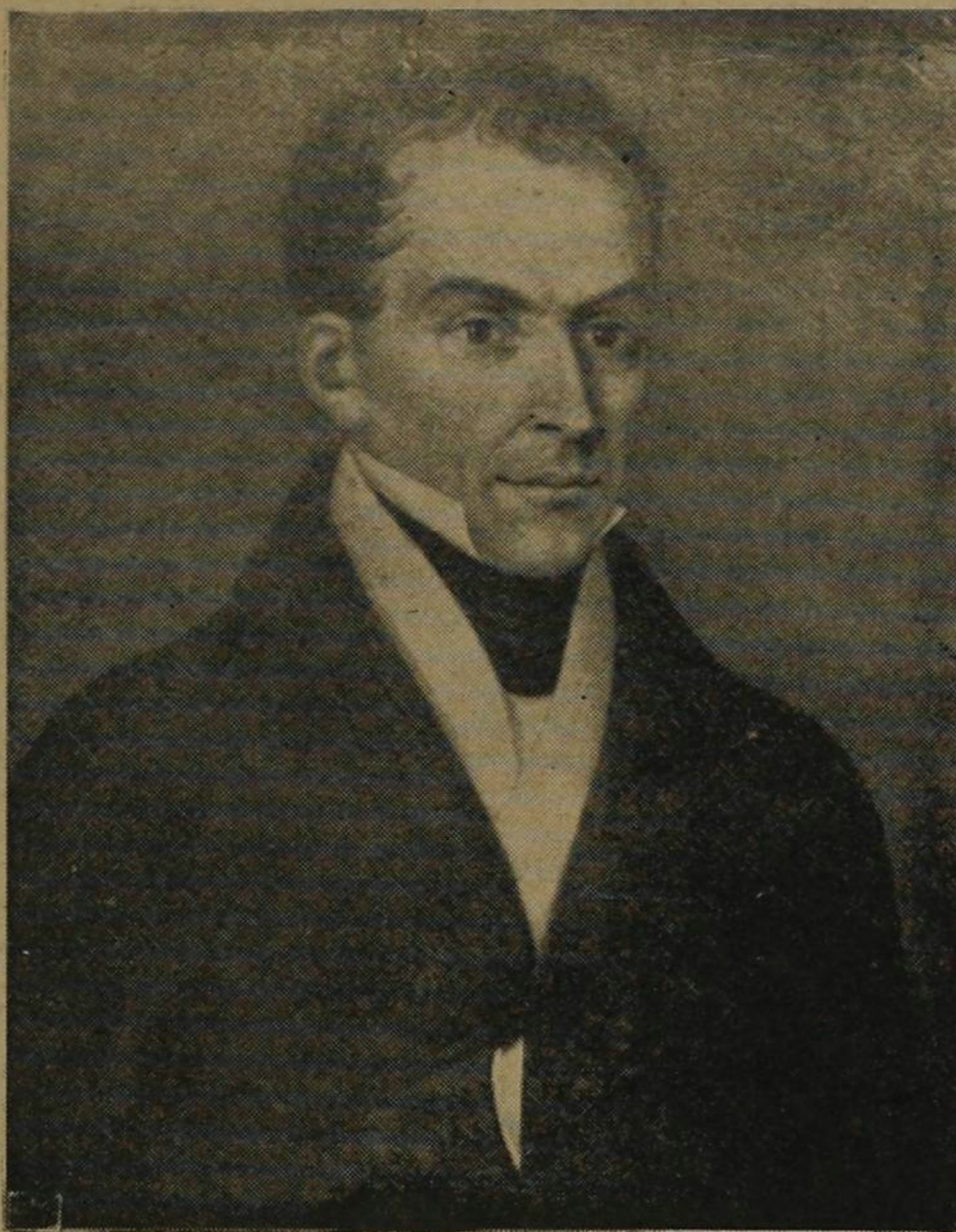
Dicen que entre las facciones este tabique divisorio de la cara cuenta muchísimo y en el caso de Bolívar lo cuenta con su delgadez de navaja que es el filo mismo de la voluntad y sin lentitud de grosuras.

Nos han hablado mucho de los ojos, muy negros y muy grandes, que gobernaban cuando querían, y también cuando no querían, por bellos y por cargados de pasión.

¿Quién no querría ver la mirada de Bolívar y repartírsela en este momento? Las mujeres desearíamos que nos diera la que daba a Teresa de Toro; los muchachos le pedirían la que lamó la urna en que iba el corazón de Girardot; los generales, la que tenía en lo apretado de la batalla, cuando la derrota posible le endurecía los ojos o se los enloquecía de dignidad; los viejos buscarían la de la meditación de Jamaica, aplacada y melancólica. Todos querríamos mirarle, pero habría que saber a quiénes él querría mirar...

Si queremos averiguar algo de cualquier personaje entre los que clavetea nuestro oficialismo sur-americano con tachuela de oro o clavo rústico, hagamos este ejercicio sencillo: — «¿Comería este señor en la mesa del fino Bolívar? ¿Le tomaría Bolívar del brazo yendo al comicio? ¿Le retendría cerca de su cama de morir, para hacerle un encargo respecto de su gente?».

La frente le desequilibraba enteramente la cabeza; se la llevaba consigo, o como dice no sé quién, «se la comía». La mitad de la cara la toma ella de sien



Bolívar en 1829

Del natural, por Antonio Salas

En el centenario de la muerte del Mahatma Bolívar

= De Claridad, Dic. 17-1930. Medellín. =

Fué el hombre de la libertad. Pocos saben qué significa eso; creen que consiste en poder votar y ser votado. Libertad significa expresarse valerosamente; por ella es el mundo el teatro de la expresión humana.—Un profesor inglés dice todo esto de un modo fuerte.

«For freedom means self-expression». «And the secret of freedom is courage». «No man remains free who acquiesces in what he knows to be wrong».

Ninguna inhibición para tu cabeza que persigue la verdad. Así quiero al gran mulato que se expresará en el continente de Bolívar.

Quiso el Mahatma que Suramérica fuera la madre de las repúblicas, el gran campo del superhombre, el gran teatro de la expresión humana. Comprendéis ahora por qué lo llamaron El Libertador?

Y deseó ser libre! Voy a consignar una idea-emoción que me sirva de columna para apoyarme y para hacer todos mis actos con impertinencia y vitalidad. El Dr. Grillo es una universidad cuando entra a la Secretaría del Juzgado a preguntar por sus pleitos: siente su importancia; vive sus preguntas como si fuera Dios en los siete días de la creación y el descanso. A propósito, dicen que Dios quedó satisfecho de su obra. Eso prueba que en El no hay tendencia, no existe el remordimiento.

Pues decía que seré impertinente, con esa impertinencia agradable que proviene de la convicción de la propia importancia. Para ello necesito una verdad; ella será una columna, o, mejor, un bastón como el que sirve a los buenos mozos de Bogotá para poder usar con aplomo los calzones anchos. Echad, pues, esa verdad, querida manceba vida!Cuál? Será que mientras mis riñones filtren seré fuerte y dominador? Me concentraré en la frase de Mahoma acerca de que la orina retenida

(Pasa a la página 159.)

a sien, aquella especie de llano surcado, de campo de labor con la esteva visible que acaba de pasar. Es tan vieja la frente que se necesita saltar pronto a los ojos para que ellos nos devuelvan la fuerza. La mitad inferior de la cara humana parece ser aquella que «da»; aliento, mirada, sonrisa da, gestos y frases; la mitad superior recibe, muy quieta, muy parada, las respuestas que le echan al rostro. Ha oído tristes cosas esta frente de Bolívar; le han contado las miserias que sabemos de Páez sobre la lealtad, el Perú las suyas sobre la anarquía, y todos los otros sobre el agradecimiento. Peores son las que ha recibido después, el gran pobre.

Esta frente se pone a mirar la tierra de Suramérica para ver si la han dividido, y allí se está ella, todavía hecha provincias, con su poltrón mestizo dueño de la cosecha india; se echa atrás la frente para mirar lejos, y lo que ve son las fronteras que él no quiso y que cada día se cuajan y se enderezan más; a veces, esta frente con ojos intrusos se nos cae encima de nosotros a ver lo que somos, y nos halla celosos como Páez, traicioneros como el negro malo de Jamaica, y sobre todo, lacios del trópico que a él no le descoyuntó, nunca.

La boca delgada y larga, que hablaba a veces preciso y a veces abundante, tiene las dos canales de la pena que se la desgarran un poco y ella nada muestra de victoriosa ni de confiada. Lo desalentador que vieron aquellos ojos y lo podrido que olfateó la nariz alerta ha bajado a la a la boca, y allí están las arrugas evidentes contando el sucedido de la cara entera.

Las mejillas se secaron tanto que hacen acordarse del eucalipto o del guillay, cuando lo arrancan de un tirón. No quedó en ellas nada de la grosura infantil de que todos conservamos algo, y si su madre hubiese visto a su hijo cuarentón, qué pena habría sentido de esta lonja de hueso con piel en que había parado la morbidez de su vientre de criolla!

Dicen que el cabello mulateaba, con rizos bien confesados, pero éstos eran suaves y brillantes. Las que habrían contado este cabello de ardientia y suavidad en el tacto habrían sido las mujeres de su vida. Lástima que entre los contadores del héroe, los O'Laary y los Dudwig lo pongan todo, y las mujeres que mucho podemos decir, no digamos nada o digamos lo mismo que se les ocurra a los hombres.

Ya sabemos que el cuerpo pecaba más bien de pequeño, y yo no escondo que un Bolívar con cuatro palmos más de cuerpo, llenaría el gusto de mis ojos, que disfrutaban viendo los sarmientos en llama del Greco, que se estiran todo lo posible. Sin embargo, aún esto se lo alabo como manera de lealtad a la raza. Nuestro indio-español es pequeño sin la insignificancia del otro mongol, pequeño y eléctrico como el andaluz, o pequeño suficiente como el francés. Hay que bajar a una quebrada de Chile para hallar en el mestizo de vasco cuerpos lanzados con un puñado de barro a la altura posible. Pequeño, don Simón, y lo ágil que se sabe; no cansó monturas, no ladeó sillas, y Edison diría de él que era la materia de su gusto la bombilla eléctrica que da lo más con lo menos.

Sabemos que a este hombre de bata-

tallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba, era civil, como si al general lo dejase en el estribo, y por añadido tan cortesano, que bailaba como si se pasara el día danzando sobre los tapices.

Servía para muchas cosas, y en esto como en el cuerpo menudo, hay que anotarle el sudamericanismo. Para muchos menesteres servimos, a fuerza de llevar dos y tres sangres, y no somos raza tiesa ni de un sólo pedal.

Fascinante, ágil y definitivo Bolívar.

Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario; vivámosle en la permanencia y no sólo en las letras puntuadas de los centenarios.

Vivámosle en la continuidad como se vive una ley; pongámonos a tenerlo por paisaje nuestro, hasta que nos corra por la sangre, hecho la masa de nuestra sangre.

G a b r i e l a M i s t r a l

Sarmiento a los 120 años...

(Viene de la página 156).

superfetación nuestra realidad, según sus ideas, sin haberse extinguido y sí sólo sofocado, las fuerzas disolventes que agitaron nuestra historia en el período que abarca *Facundo*. No se había cambiado una realidad por otra; y, andando el tiempo, desaparecidas las fuerzas de orden que primaron, por capacidad de la minoría, sobre la multitud, habrían de pugnar, eruptivas, por retrotraer al caos latente aún, un mundo de fábrica.

Aquellos hombres no pudieron hacerlo todo y nosotros estamos ahora otra vez, privados de la luz que los alumbró; nosotros que somos hijos de los coetáneos de sus nietos: seres colocados más acá del límite donde termina la experiencia personal de la historia.

No creo, tampoco, que encontremos sus huellas, en el desconcierto que ha seguido al orden que instauraron.

Se da uno a pensar si puede, sin peligros mayores que los males ciertos, precipitarse el proceso de formación de las nacionalidades, y si una civilización puede ser para siempre forjada en el anhelo del bien público; o si es el resultado fatídico y hasta no buscado, de la lenta estratificación y oxidación de los hombres en las ciudades. Es decir: si lo que entendemos por civilización, como: bienestar, cultura, riqueza, jerarquía, amor, es algo que puede llevarse de acá para allá, construirse y ponerse como la levita y la chistera, o si arranca del fondo mismo del pueblo, por intususcpción, de adentro para fuera, y que, al fin, se le queda adherido a la persona, conformándola como la piel.

Pero, lo que entendía por civilización, ¿era para él algo que habría de brotar del suelo argentino, o que trasplantarse o injertarse? Esa barbarie, que advirtió y señaló tocándola punto a punto con el índice, ¿era susceptible de devenir civilización, o era menester que se pu-

siera él, entero, para equilibrarla hasta tanto llegaran de fuera fuerzas de renuevo? Y en última instancia ¿era realmente civilizado todo lo que deseaba encontrar al despertar de su sueño de civilización?

Todo lo vió y todo lo comprendió; tomó lo mejor que halló y se lo trajo, y con eso y con lo que ya teníamos, bueno y malo, se instaló en el centro de las más urgentes cuestiones y comenzó a gritar la verdad.

Emprendió la clasificación de los valores, con la precisión de un botánico o de un zoólogo que clasificara una flora silvestre o una fauna salvaje. Decía: «esto es bárbaro», y tenía razón; de manera que ni sus vejámenes nos humillan. Eramos bárbaros y él se ponía en bárbaro, a fin de que halláramos al mismo tiempo en qué éramos también civilizados.

No se equivocó en indicar lo que podíamos utilizar como levadura y abono de los detritos del pasado inmediato, ni en qué habíamos de abjurar de una vez y para siempre de nuestros antepasados.

Sería muy interesante seguir a lo largo de su obra el maravilloso trabajo de araña, que hizo para tramar nuestra realidad. Ver qué hilos toma, cómo los anuda y cuáles deja sueltos. Pues por muy caprichoso e impulsivo que se le juzgue, por muy veleidoso y espontáneo, es lo cierto que desde su infancia a su vejez, toda su existencia se orienta en una misma dirección y que toda su obra escrita y hecha, tiene la bella unidad de su vida.

Sólo en él tiene sentido categórico esa palabra vaga y de tan relativo significado: «civilización». En sus manos y en su boca todos comprendemos lo

que quería decir, como entendemos bien por «barbarie», tantas veces escrita, algo que no le está opuesto diametralmente, sino que, más bien, está implícito en lo otro.

Si se le hubiera apurado, estoy seguro de que habría dicho: civilización y barbarie son sinónimos entre nosotros; con la diferencia de que civilización es lo que seremos y barbarie lo que hemos sido.

Tanto uno como otro concepto, usados con precisión y en sentido concreto, cierran un ciclo, una totalidad. Eso somos y eso fué lo que Sarmiento comprendió como ningún otro argentino: ambos factores como términos de una ecuación.

Junto a él los adalides de la cultura, de la reorganización, son unilaterales y fragmentarios. Basta que alguien se le enfrente, como Alberdi, para advertir esa limitación junto a un cosmos completo. Punto por punto, especialidad por especialidad, podían aventajarle; pero ¿quién como él procedía en vista del conjunto, de la totalidad?

Es indiscutible que a pesar de sus contradicciones aparentes, Sarmiento es un sistema; el más adecuado, no solamente a la realidad argentina, sino a la americana, que es el segundo estadio de su concepción. Porque lo que él concebía como totalidad nacional, formaba parte integrante, a su vez, de otra unidad continental. Al proceder en vista de lo argentino tenía presente lo americano, que tan profundamente conocía, y sólo así se explica que lo que en su tiempo era verdad sigue siéndolo hoy; que los problemas que planteaba participaban a la vez de la inmediata realidad argentina y de un orden de cosas continental. Ya decía él: «Tal como el río Uruguay se confunde a cierta altura con el Paraná, para formar el Plata, así ambas Américas, moviéndose con movimiento diverso, pobladas por nacionalidades distintas, acaban por ser una América.»

A ciento veinte años de su nacimiento, este hombre ha variado tan poco, o tanto, siempre coordinadamente, como la realidad argentina; pues ésta y él caminaron juntas. Únicamente envejeció en él lo que envejeció en ella. Pero en ambos engranan bien. En lo que ya se cumplió, en lo que ya es pasado, su obra caducó también; en lo que todavía es presente, Sarmiento está de actualidad; en lo que aún no hemos realizado, sigue siendo profético. Mas de ninguna manera podremos decir que lo hemos dejado en zaga. Por eso no es paradójico decir que la República es el equivalente del sueño de Sarmiento, bien que sus sueños ya estuvieran condicionados por la realidad, más bien la históricamente posible que la real. A tal punto, que sería imposible hoy investigar nuestro haber sin hallar en su obra páginas enteras que la reflejan con especular fidelidad.

Lo que en sus años de lucha era malo, sigue siéndolo; allí donde él encontró la veta, yace aún el oro; lo que era peso inerte, gravita todavía y vuela aquello a que le puso alas.

E z e q u i e l M a r t í n e z E s t r a d a

Poemas de Rupert Brooke

El cielo

En el mes de la mosca, el favorito
manjar del pez—en junio, él suele ahito
matar el tiempo de empapada siesta
filosofando. En semiturbia encuesta
mental su sino definir pretende
y a cuanto ansia o teme el pez atiende.
Acepta, como punto de partida,
que el pez vive en el agua. Mas su vida
pasa pronto, lo cual de ningún modo
es grato—piensa el pez. Por ende, todo
le conduce a creer que mucho y bueno
ha de gozar post vida en agua y cieno.
Qué pez, si tiene el ojo reverente,
no ve el plan de lo Líquido? Es clemente.
Y con la fe la lógica asegura
contra absoluta sequedad futura:
el agua es agua y sólo al agua crea.
Por tanto, al pez no asusta la marea
de la muerte que nunca le termina.
Piadosa ella le arrastra a una piscina
sin bordes, pura, donde es más aguada
el agua, donde en gloria el Gran Sér nada,
escamoso, inmortal, benigno, mudo,
que hacer los mares y los ríos pudo
y a su imagen al pez: piscina adonde
ningún anzuelo la carnada esconde,
ninguna infame red está tendida...
Ah! no: en su excelsa flora submergida
y limo cemental, o fluctuantes,
engordan los gusanos abundantes,
y vienen a entregarse, a las olillas,
encantadoras moscas y polillas...
Patente está ese cielo a que los peces
alzan sin voz, más con la aleta, preces.

Trad. de G. de Zéndegui. Del tomo Sonetos de la lira inglesa. London. 1920.

La paz

Sea el Señor loado que en su hora depara
despertar en nosotros la juventud dormida,
robustecer el brazo, la mirada y la vida,
y como nadadores, volver a la onda clara.

Volver dejando un mundo hastiado, viejo y frío;
dejando corazones que honor mover no pudo,
medio hombres que alzaban cantar obscuro y rudo,
y de amores mundanos el pequeño vacío.

Los hombres de vergüenza, encontramos consuelo
donde el sueño quedando, sin maldad y sin duelo,
sólo el cuerpo se rompe y la sangre se vierte;

donde sólo perturba la paz que el pecho ansia,
el efímero trance que se llama agonía,
y el amigo peor y el rival es la muerte!

Los muertos

Sonad, sonad trompetas, sobre el rico despojo
de estos muertos, que hoy yacen coronando su suerte,
pues nos hizo regalo de su gloria la muerte.
Dejaron nuestro mundo y al derramar el rojo

vino de su dorada juventud, renunciaron
años de lucha y júbilo; el tiempo entumecido
que la vejez aporta, y a los que hubieran sido
sus hijos, su sagrada vida inmortal legaron.

Sonad, sonad trompetas, faltaba amor y acero!
El honor en rey vuelve a la tierra abatida,
y una vez más se colman nuestras necesidades,

pues él paga a sus siervos con galardón larguero;
otra vez la nobleza cruza por nuestra vida,
y una vez más entramos en nuestras heredades.

Los muertos

Corazones tejidos de duelo y alegría,
lavados por corrientes de júbilos y penas;
les dio bondad el tiempo, la aurora sus amenas
caricias, y fue suya la hermosa luz del día.

Ellos oyeron música, miraron baile y goce,
durmieron, despertaron, fueron gratos, amaron;
la admiración turbóles un momento, y tocaron
pieles, flores, mejillas... ¡Ya todo eso acabóse!

Las aguas siempre corren y brillan bajo el fuego
del sol y bajo el ósculo del viento audaz, y luego
el hielo de improviso suspende aquel derroche

de gracia y movimiento, y deja blanca estela
de gloria inolvidable, de luz en terca vela,
y de paz absoluta cubierta por la noche!

El soldado

Pensad, cuando supiereis que al fin he sucumbido:
En el rincón oculto de alguna extraña tierra,
que será para siempre ya parte de Inglaterra,
hay con su polvo un polvo más rico confundido.

Polvo a quien Inglaterra dio forma, sér y vida;
dio para amar, sus flores; para vagar, sus campos;
un cuerpo de Inglaterra, que recibió los lampos
de su sol; y las ondas de su agua bendecida.

Mi corazón, ya limpio de todo mal interno,
y siendo nada menos que un pulso del Eterno,
devolverá los dones que la Patria le diera:

Sus vistas y sonidos, sus sueños de ventura,
la risa que el amigo enseña y la ternura
de pechos apacibles, bajo su limpia esfera.

Trad. de Pedro Requena Legarreta. Del tomo Antología de poetas muertos en la guerra (1914-1918). «Cultura». 1919. México.

es peor que brasa en la palma de la mano?
No sé; voy de cabo de verdad en cabo de
verdad, pasando por todas y desechán-
dolas... Me llamaré en el baño, en sole-
dad, mirándome en un espejo: Fernando.
Fernando!! Dónde estás oculto, Fernando?
Porqué no te manifiestas y te impones y
gritas con frase llena de persuasión: Así
es!!; lo vi!!

Me iré por los caminos y montes y lla-
nuras, a pie, en busca de mi propia be-
lleza, la belleza encarnada, el ideal encar-
nado. En este centenario del Mahatma
deseo adquirir eso que tenía él, mejor que
el oro y la verdad, facultad de irradiar

En el centenario...

(Viene de la página 157).

vida. Dónde estás, copa del conde Cagliostro!
Pero ninguna libertad he visto, ningún
deseo de libertad, desde que murió Simón
Bolívar.

Qué he visto desde mi niñez y qué he
sabido de lo anterior? Generales y aboga-
dos que desean ser Presidentes. He visto a
Sánchez Cerro en el Perú. Uriburu en
Argentina, Getulio Vargas en el Brasil,
muchos indios airados en Bolivia y a
Olaya en Colombia: la madre de las re-
públicas despedazada.

Por eso mi gran deseo de predicar el
advenimiento del gran mulato.

Suramérica está en poder de hombres
que no se preocupan de nacionalismo, del
aporte anímico que pueda suministrar al
acervo universal.

Colombia no tiene alma; toda ella es
Mundo al día.

El hombre es un ocioso aburrido que
crea grandes hombres para seguirlos; no
es libre; no se preocupa por crearse a sí
mismo. Por ociosos crearon los judíos el
becerro de oro; qué iban a hacer, a tener
y amar, si el tartamudo Moisés estaba
entre el monte grabando penosamente diez

mandamientos en dos piedras duras? Durante mi vida he asistido al endiosamiento de unos cinco bobos: Kerensky, el General Herrera, Abadía Méndez, Alfonso

Fernando González

La Vida de Vivekananda

El discípulo amado

y 4.— Véase la entrega anterior.

A principios de 1884, la desaparición de su padre, descuidado y pródigo, bruscamente llevado por un acceso cardíaco, dejó a la familia en la ruina. Seis o siete bocas por alimentar. Y una nube de acreedores. De un día para otro, Naren conoció la miseria, la caza agotadora de empleos, la indiferencia egoísta del mundo y la relegación de los amigos. El ha contado su desastre en páginas que se aproximan a las más dolorosas confesiones. ⁽¹⁾

«... Me moría de hambre. Descalzo, erraba de oficina en oficina, rechazado en todas partes. Y hacía experiencia de la simpatía humana. Era mi primer contacto con la realidad de la vida. Descubría que no había lugar para los débiles, los pobres, los abandonados. Los que, algunos días antes, hubieran estado orgullosos de ayudarme, me volvían la cara, aunque largamente prometiesen venir en mi socorro. El mundo me parecía la obra de un demonio. Cierta ardiente día en que apenas lograba tenerme en pie, me senté en una plaza, a la sombra de un monumento. Algunos amigos estaban allí, y entre ellos alguno cantaba un himno a la gracia desbordante de Dios. Esto fue como un golpe asestado en mi cabeza. Pensaba en la condición deplorable de mi madre y de mis hermanos. Entonces grité: «Cesad en ese canto! Semejantes fantasías pueden ser agradables a los que han nacido con una cuchara de plata en la boca, a los que no tienen en su casa, parientes muriendo de hambre. Sí; hubo un tiempo en que también yo pensaba como vosotros. Pero hoy, ante la atrocidad de la vida, todo eso suena en mis oídos como una burla macabra.» Mi amigo se sintió herido. No podía darse cuenta de mi horrible desgracia. Más de un día, cuando veía que en la casa no había suficiente de comer para todos, yo me alejaba, diciendo a mi madre que estaba invitado afuera; y ayunaba. Mis amigos ricos me solicitaban alguna vez para que fuese a su casa a cantar. Con alguna excepción posible, ninguno parecía curioso de conocer mis miserias; y yo las guardaba para mí...»

Sin embargo, continuaba rogando a Dios, cada mañana. Un día, oyéndolo su madre cuya piedad se había enfriado por el exceso de la desgracia, le dijo:

«Tonto! Cállate! Orando a Dios te mantienes desde la infancia. ¿Y qué es lo que él ha hecho por ti?...»

Entonces, a su vez, se llenó de resentimiento hacia Dios. ¿Por qué no respondía Él a sus desesperadas llamadas?

López y Olaya Herrera. No he podido encontrar nada grande humano; grandes son los nevados andinos, el mar, el sol y sobre todo las estrellas y Simón Bolívar.

¿Por qué toleraba tantos sufrimientos sobre la tierra? Y la áspera palabra del pandit Vidyasager le vino a la memoria: «—Si existe un Dios bueno y lleno de gracia, por qué mueren, entonces millones de gentes por falta de algunos bocados?» ⁽¹⁾

Una protesta furiosa le irguió contra el cielo. Y declaró la guerra a Dios.

Jamás había podido él esconder algo de sus pensamientos. Habló públicamente contra Dios. Probaba su inexistencia o su maldad. Su reputación de ateo se estableció. Y según la costumbre de los devotos, se achacó a su descreimiento motivos inconfesables; y se recriminó sus costumbres. Esta maledicencia le endureció. Practicó una fanfarronería de sombrero desprecio para declarar en voz alta que en un mundo tan abyecto, un hombre, presa como él, de las persecuciones de la suerte, tenía pleno derecho de buscar un respiro en un placer cualquiera; y que si él, Narendra, llegaba a convencerse de la eficacia de tales medios, no los rechazaría nunca, por temor de quien fuese. A los discípulos de Ramakrishna, que llegaban a hacerle piadosas reconvenciones, les replicaba que no era sino un cobarde quien por temor, creyera en Dios. Y los despedía... No obstante, Naren sufría a la idea de que Ramakrishna pudiera condenarlo, como los demás. Pero su orgullo gritaba: «Qué me importa! Si la reputación de un hombre reposa sobre fundamentos tan frágiles, no debe preocuparme, y la pisotearé!»

Todos le juzgaban perdido. Solamente, Ramakrishna, en su retiro de Dakshineswar, le dispensaba su confianza ⁽²⁾; y esperaba el momento. Sabía que la salud de Naren no podía llegarle sino de él...

El verano había pasado. Naren proseguía siempre su caza desesperante de los gana-pan. Una tarde en que no había comido, cansado y mojado por la lluvia, se sentó al borde del camino, en el portal de una casa. El tumulto de la fiebre se desencadenó en su cuerpo fatigado. De

⁽¹⁾ El pandit Vidyasagar (Isvara Chandra, 1820-1891), reformador social, director del Colegio Sánscrito de Calcuta, que conoció a Ramakrishna y cuyo recuerdo es venerado, menos aun por su gran saber que por su grande amor a la humanidad, después de una vida de devoción, espectador impotente del hambre de 1864 que produjo más de cien mil víctimas, rechazó a Dios. Y se consagró únicamente al servicio de los hombres. Vivekananda habla todavía, con respeto emocionado y sin una palabra de condenación, en 1898, en un viaje a Kachemira, con la Hermana Nivedita, de él; y ésta anota sus entrevistas. (Notes of some Wanderings with the Swami Vivekananda, Calcuta, Udbohan Office.)

⁽²⁾ Más tarde, Vivekananda decía: «Ramakrishna fue la sola persona que creyó en mí, sin vacilar. Hasta mi madre y mis hermanos se mostraron incapaces de ello. Su confianza inquebrantable me ligó a él para siempre. ¡Sólo Él sabía amar!»

pronto, sintió algo así como si las envolturas de su alma se desgarrasen. Y la Luz vino ⁽¹⁾. Todas sus dudas del pasado fueron automáticamente resueltas. Y pudo entonces decir:

—«Yo veo, yo sé, yo creo, yo estoy libertado...»

Su cuerpo y su espíritu se hallaban en reposo! Regresó y pasó la noche en meditación. Al día siguiente, su resolución estaba tomada. Había decidido renunciar al mundo, como en otro tiempo su abuelo. Y se fijó un día para el cumplimiento del voto definitivo.

Y, aquel día, de improviso llegó a Calcuta Ramakrishna. Y rogó a Narendra que le acompañase, por la noche, a Dakshineswar. En vano trató Narendra sustraerse a la invitación, y tuvo que seguir al Maestro. En su cámara, durante la noche, encerrado con él, Ramakrishna se puso a cantar. Aquel bello canto, que arrancó sollozos al joven discípulo, le hizo conocer que el Maestro había penetrado sus designios. Ramakrishna le dijo:

—«Yo sé que ya no podréis permanecer en el mundo. Pero, por amor a Mí, permaneced en él tanto tiempo como yo viva!»

Narendra volvió a su casa. Había hilado ciertos trabajos en una oficina de traducciones y en un estudio de abogado, aunque no tenía aun empleo permanente; y la suerte de su familia no estaba asegurada para el futuro. Y así, pidió a Ramakrishna rogara por él y por los suyos.

—«Mi niño, le dijo Ramakrishna; yo no puedo hacer semejantes plegarias. Pero, ¿por qué no las haces tú mismo?»

Naren fue al templo de la Madre. Se hallaba en un fervor exaltado; una onda de amor y de fe le inundaba. Pero, cuando al regreso, Ramakrishna le preguntó:

—«Y bien, qué habéis orado?...» Naren se apercibió de que había olvidado pedir el consuelo de su miseria. Ramakrishna le dijo: «Vuelve».

Volvió una segunda vez y luego una tercera. Mas apenas entraba en el templo, se desvanecía de sus ojos el objeto de su plegaria. A la tercera vez, sin embargo, el pensamiento de su demanda se presentó; pero un sentimiento de vergüenza le llenaba: «Para qué vulgares intereses venía él a importunar a la Madre?... Y entonces rogó:

—«Madre, no tengo necesidad de nada sino de conocer y de creer.»

A partir de ese día, una nueva era se inició en él. Y su fé, que había nacido de la miseria, como en el viejo Arpista de Goethe, no olvidó jamás el gusto del pan empapado en lágrimas, ni a los hermanos en el sufrimiento que se reparten las migajas. Así, en un grito sublime lo hizo oír al mundo:

—«El solo Dios en que yo creo es la suma total de todas las almas, y por sobre todo, mi Dios los malvados, mi Dios los miserables, mi Dios los pobres de todas las razas!...»

«El Galileo había vencido!» El tierno

⁽¹⁾ Este relato está entresacado de la «Vida de Ramakrishna, p. 426 y sigs.

⁽¹⁾ Siempre el mismo *processus* mecánico de la Revelación. Ella se produce en la hora exacta de los límites vitales, cuando las últimas reservas de la voluntad de combate se han agotado. (C. p. 47, nota 1.)

Maestro de Bengala había hecho ple-
garse la resistencia del orgulloso. Rama-
krishna no tuvo hijo más sumiso que el
gran *Kshatriyaa* que parecía nacido para
mandar pueblos.

Tan entera se había hecho su unión
que les parecía por momentos realizar
su identidad. Bien pronto hizo falta
moderar la fé de esta alma apasionada,
que nada sabía querer ni dar a medias.
Marchaba tumultuosa, anhelante, exi-
gente, del conocimiento al amor, de la
necesidad absoluta de la meditación a
la absoluta necesidad de la acción. Hu-
biera querido estrecharlo todo a la vez.
En los últimos tiempos de la vida de
Ramakrishna, veremos a Naren urgir a
menudo a su Maestro para que le con-
ceda la más alta realización supracons-
ciente, el grande éxtasis de donde no se
vuelve, el *nirvikalpasamadhi*. Pero Rama-
krishna rehusaba enérgicamente.

—«Un día—me ha referido *Swami*
Shivananda que estaba presente a la es-
cena, en el jardín de Cossipore, cerca de
Calcuta.—Naren alcanzó realmente este
estado. Viéndole sin conocimiento y su
cuerpo frío como el de un cadáver, co-
rrimos hacia el Maestro, con grande
emoción, y le informamos de lo que su-
cedía. El Maestro no manifestó ninguna
inquietud, y sonrió y dijo: «Muy bien»,
y permaneció silencioso. Naren tornó a
la consciencia exterior y fue a reunirse
al Maestro. Y éste le dijo: «Y bien,
comprendéis ahora? En adelante, ésta
(la más alta realización quedará bajo
llave). Ahora tendréis que hacer el tra-
bajo de la Madre. Cuando hayáis aca-
bado, Ella reabrirá la cerradura.» Naren
dijo: «Maestro, yo estaba feliz en el *Sa-
madhi*. Había olvidado el mundo en mi
alegría infinita. Te ruego que me per-
mitas permanecer en este estado.»

—«Vergüenza!—exclamó el Maestro—
que tales palabras salgan de tu boca.
Yo pensaba que tú eras un vasto recep-

táculo de la vida, y ahora queréis per-
manecer absorbido en vuestro gozo per-
sonal, como un hombre ordinario!... Esta
realización se volverá tan natural, por
la gracia de la Madre, que realizarás,
en tu estado habitual, la Divinidad Unica
en todos los seres; harás grandes cosas
en el mundo; aportarás a los hombres
el conocimiento espiritual y consolaréis
la miseria de los humildes y de los
pobres.⁽¹⁾»

El Maestro había discernido el papel
que correspondía a Vivekananda. Y a
pesar de él, se lo impuso.

—«Las almas ordinarias—decía Éste—
temen asumir el cargo de enseñar al
mundo. La madera que no vale nada se
alinea solamente para flotar no importa
cómo; si un pájaro se para encima, en
el acto se hunde. Pero Naren no es así.
El es como esos gruesos troncos de árbol
que llevan sobre el Ganges a hombres
y bestias.⁽²⁾»

El había marcado la frente del Gi-
gante con el signo del *Cristóforo*. El
portador de hombres.

Romain Rolland

(N. del T.) Al principio de este capítulo apa-
rece la palabra *Paramahansa*, como sobrenom-
bre de Ramakrishna. Significa este término,
más o menos, a: «Gran cisne» o «Cisne supre-
mo», y se aplica a aquellas almas que han al-
canzado la infinita perfección, la identificación
con Dios.

Post Scriptum

Terminado este capítulo de populariza-
ción vedantista, emprendido en Europa por
una élite de espíritus desinteresados, en
que descuella la máxima figura de Rolland,
creo oportuno cerrarlo con algunas obser-
vaciones pertinentes:

a) La obra espiritual de Vivekananda
no ha sido conocida en Occidente «gracias»
a la Teosofía, como lo insinúa el secta-
rismo más o menos plácido y costum-
brista de ciertos teósofos, sino a pesar
suyo; pero es indudable que los lectores

(1) Carta del 7 de diciembre de 1927.

(2) Evangelio de Ramakrishna, II, 42.

occidentales han podido prepararse a la
recepción de estas Ideas, merced a sondeos
iniciales y nobilísimos de algunos repre-
sentantes europeos del moderno teosofismo,
como la señora Blavasky y la señora Be-
sant, ambas descarriadas respecto del fin
social preponderante del advaitismo ve-
danta de Vivekananda, y no obstante dis-
cípulas aprovechadas suyas. En esto me
atengo al juicio mismo de Naren, el cons-
tructor del nuevo mundo espiritual, mucho
más valioso para mí que cuantos presu-
men hoy conocer las doctrinas del Hom-
bre Universal.

b) La Gran Guerra es, indudablemente,
el punto de partida de la reacción espiri-
tualista del mundo; pero desde el tercer
cuarto del siglo pasado, Oriente avizoró
todas las peripecias de Europa y dispersó
las primeras semillas del renacimiento
científico-religioso de la Vedanta. Viveka-
nanda, en su *Viaje por Europa*, denuncia
al Viejo Continente su militarismo—«Eu-
ropa es un enorme campo militar», solía
decir—«y se aproxima una catástrofe».—
Vivekananda anuncia la aviación, los vue-
los trasatlánticos, la onda hertziana y se
adelanta en cerca de veinte años a Eins-
tein—*La Naturaleza no conoce la línea*
recta. (Raja Yoga, 1896.)

c) Tan exacta ha sido la visión de estos
grandes Precursores, que el movimiento
de la liberación India, de Gandhi, emana
directamente de las lecturas de Viveka-
nanda (Confesión de Gandhi, Rolland, *Vida*
de Vivekananda, últ. págs.) Si Narendra
hubiese tenido de la religión el mismo
concepto que nuestros teósofos de Europa
y de América, no hubiera emprendido la
obra de la reconstrucción social, y se man-
tuviera en los nimios estudios de los «upa-
dhis» y demás jerga metafísica. Pero para
todo hombre de verdad, la religión abraza
todos los aspectos de la vida y no excluye
la justificación de las masas en el reparto
de la riqueza pública, como base para fu-
turas edificaciones espirituales. «La reli-
gión—acostumbraba a decir Vivekananda
—no es para los estómagos vacíos.» «Cesad
de lamentaros de vuestra suerte y de lla-
mar a los Dioses: *Los Dioses Vuelven*. En
vosotros mismos está la fuerza libertadora.
Levantaos.» He aquí sus Palabras. Y luego:
«Mientras haya en la India un solo perro
con hambre, mi primera religión será
darle de comer». Nada de esto parece in-
teresar a los Teósofos, que buscan afa-
nosos su liberación personal y que consti-
tuyen, hasta hoy, una nueva burguesía
«aristocrática y espiritual», mórbida y
decadente cuando no hipócrita y gazmoña.

d) Pronto se entregará a la publicidad
un estudio sobre las yogas, de acuerdo
con la visión personalísima y no obstante
universal, de Vivekananda. La Advaita
Ashram de Calcuta ha permitido a la
Editorial Rochi, de Barcelona, la traduc-
ción de las obras completas. Son dieciocho.
Los curiosos pueden pedirlos y beber en
las propias fuentes bravura y salud. Cuanto
a las obras de Rolland citadas y de las
cuales he extraído este capítulo sobre la
vida de Vivekananda, traduciéndolo vio-
lentemente—es posible que estén tradu-
ciéndose en Europa en estos momentos.

Rafael Cardona

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=

4.— Véanse las entregas 7, 8 y 9.

Hemos visto, en Tucídides, el cambio que se había operado en la sociedad ateniense en estos últimos años de una lucha de vida o muerte. Si a Tucídides—como es posible que haya sido—la situación le parecía peor de lo que en realidad fuese, recordemos que para el temperamento, más impulsivo, y para las esperanzas, no menos fallidas, de Eurípides el estado de cosas no podía parecer mejor. Sabemos que en estos años el poeta se había vuelto más y más impopular en Atenas; y no es difícil, si examinamos los grupos y partidos políticos de la época, comprender su aislamiento.

La mayoría de los individuos ponderados y de elevada mentalidad habían quedado, hasta cierto punto aislados, y muchos se habían ocultado quietamente a la luz pública. Pero Eurípides no era tipo que se callara la boca porque le agobiara la tribulación de sentirse desechado. Su carácter no era ni conciliador, ni callado, ni insensible. Y a la larga ocurrió algo que le hizo intolerable seguir viviendo en Atenas. Precisamente qué sería, no lo sabemos. No puede haber sido la destrucción de su propiedad, porque cuando, eso ya hacía años que le habían destruido su hacienda. No puede haber sido que lo dejó su esposa, como algunos han alegado, porque, por ese tiempo, ya era ella vieja de setenta años o había muerto. El motivo de la huida de Eurípides quizás haya tenido que ver con el enjuiciamiento que se le siguió por impío: La acusación de que pocos años después se valieron para matar a Sócrates. Cuanto sabemos es lo que nos dice el fragmento de una frase de la antigua *Vida de Eurípides*: «Tuvo que dejar Atenas a causa de la malignidad en contra suya con que grandemente se complacía casi toda la ciudad.»

Arquelao, Rey de Macedonia, hacía tiempo que lo había invitado a su reino. Entre sus papeles el poeta tenía un drama llamado *Arquelao*, escrito para celebrar el ancestro legendario del rey, de manera que puede ser que, desde mucho antes de su fuga, pensaba buscar refugio en Macedonia. Ahora se dirigió a esa tierra y parece haber vivido allí en inculto y apartado lugar, en la falda norteña del Monte Olimpo, el país sagrado de las Musas, región que describe así:

Entre bosques de robles y de olmos,
donde en tiempos antiguos Orfeo
su lira tañía,
y las flores abrieron los ojos,
y los árboles, libres de sueño,
al son de la lira
alzaron los brazos en danza,
y ardientes pupilas—
de fieras que el canto amansaba—
con límpidas lágrimas húmedas
tuvieron visión de la música
por valles quebrados y agrestes colinas.

El espíritu del lugar se entró en sus escritos. En el 408 había producido el

Orestes. Por cuanto se sabe, no produjo nada en el 407. En el 406 murió. Después de su muerte se representó en Atenas, bajó la dirección de su hijo, un drama que durante cinco siglos mantuvo su popularidad en el teatro griego: Una tragedia enigmática, inhumana, a veces francamente repulsiva, pero tan fuerte y tan llena de belleza como las mejores obras de su primera madurez.

Junto con *Las bacantes* se representaron otras dos obras suyas, también inéditas ⁽¹⁾. De una de ellas, el *Alcmaeón en Corinto*, no conocemos ningún rasgo saliente; la otra, *Ifigenia en Aulida*, es notable en muchos sentidos. De fondo potente y amargo, como el de los demás dramas de su última época, la pieza toda ella está repleta, sin embargo, de pasajes y escenas de la más romántica belleza: y, por último, quedó inconclusa. Es de imaginarse que la comenzó en Atenas, o, por lo menos, antes de que el acerbo sabor se le quitara que Atenas le había dejado en el paladar; que trató después de bajarle el tono amargo a un tono de cierta bondad y hermosura, y que, sin terminarla, la hizo a un lado para dedicarse a un drama enteramente nuevo, de otro estilo, que expresara este espíritu que acababa de descubrir.

Porque *Las bacantes* está en un estilo no sé cómo distinto del de sus demás obras, lo mismo del de las primeras como del de las últimas. El viejo poeta escogió un tema singularmente sencillo y hasta bárbaro. Se parece pero mucho a lo que llamaríamos un Misterio o Auto Sacramental. Dionysos, el joven dios nacido de Zeus en Sémele, princesa tebana, viaja por el mundo anunciando el evangelio de su divinidad, llega a su propio pueblo de Tebas, y su propio pueblo se niega a recibirlo. Rehusan adorarlo sencilla y voluntariamente, y él los obliga a que lo adoren con el entusiasmo de la locura. El Rey, Penteo, insulta y encarcela al dios, espía los ritos místicos de su culto, lo descubren las santas frenéticas de esa religión y lo descuartizan: su propia madre, Agave, es la primera en destruirlo.

No tiene objeto pretender que esta historia entraña enseñanza moral, ni que está imbuida de cosa alguna que la haga amable, ni que Eurípides atenúe su atrocidad y procure justificar a Dionysos. Eurípides nunca atenúa nada. Toma el cuento salvaje y lo deja tan salvaje como lo halló. La simpatía que despierta en el público favorece a Dionysos mientras le persiguen, titubea cuando el dios comienza su venganza, y hacia el final del drama se vuelve de lleno en contra de él. Obsérvese cómo Agave, cuando recobra el juicio, se niega a pensar más en el dios de mezquino amor propio lastimado:

⁽¹⁾ Las tragedias atenienses se representaban en trílogías, y no siempre las tres piezas de una representación tenían temas consecutivos o conexos.—Tr.

AGAVE

Lo veo ya: Dionysos hizo esto.

CADMO

Lo negasteis y el dios estuvo presto a vengar su decoro así ultrajado.

AGAVE

¡Enséñame el cadáver adorado de mi hijo!

Obsérvese también que Dionysos nada replica, no tiene réplica que dar, cuando Agave lo reprende:

DIONYSOS

Siendo yo Dios me hicisteis mofa. Anciana, recoge el premio que tu burla gana.

AGAVE

¿Ha de ser Dios, su vanidad herida, como el mortal de corta y torpe vida que se arma de furia?

DIONYSOS

Todo ha sido como Zeus, mi padre, lo ha querido desde hace mucho tiempo.

Respuesta de quién no tiene nada razonable que alegar, razón fatalista, razón que significa abandono del punto de vista moral del asunto.

Pero el punto más significativo en, contra de Dionysos es el cambio de tono—la conversión, nos atreveríamos a llamarlo,—de sus propias *Fieras Bravías* inspiradas,—el Coro de Bacantes asiáticas—, cuando Agave regresa llevando la cabeza cortada de su hijo. El cambio se palpa en esa maravillosa escena y se subraya en las que siguen. Las salvajes cantadoras que con tan altas voces loaban la venganza del dios antes de saber en qué consistiría, se quedan, de repente, en cuanto se dan cuenta de ella, hundidas en un silencio mortal. Es cierto que hay en el manuscrito una laguna en cierto pasaje, de modo que es posible que algo hayan tenido que decir; pero tal y como nos haya llegado la tragedia, la Corifeo habla sólo dos versos que dirige a Cadmo a quien el dios le ha hecho daño tan grave:

Penteo mereció duro castigo.

¡Pero mi corazón llora contigo!

Y el Coro se va sin que haya dicho nada, ni en bien ni en mal, de su Dionysos triunfador y odioso, pronunciando sólo versos de resignación meditabunda del tenor de las con que Eurípides concluye tantas de sus tragedias.

Ese silencio, en semejante situación, mucho significa. Eurípides, como siempre, es crítico y aún hostil para con el tono moral del mito que celebra. Nada hay en ello que nos sorprenda.

Hay quienes han intentado imaginarse que Penteo es héroe «simpático»; que tiene razón en haber emprendido cruzada contra este dios perverso, que es tan inocente como Hipólito. Pero esa opinión carece de fundamento en cuanto nos ponemos a examinar el caso. Eurípides pudo haber hecho simpático a Penteo, si hubiera querido. Y se vé que no quiso. No. Por lo que toca al conflicto entre Dionysos y el Penteo, Eurípides no ha hecho más que seguir un método que acostumbraba, el método, por ejem-

plo, que sigue en la *Electra*. Nos da una representación objetiva de los hechos que narra el mito: «Si la historia es cierta», nos dice, «entonces las cosas sucedieron de este modo.» Tenemos el tirano ordinario, práctico, estrecho de miras, de genio irascible,—sin que constituya, hay que observar de pasada un estudio muy delineado, como que al poeta el personaje no le importaba mucho; tenemos un dios manifiestamente divino y que hace milagros adecuados; tenemos, en fin, un cuadro de lo más vivo y de lo más hiriente, de los extremos a que puede llegar el furor religioso. Ese es el fondo del drama. Es probable que Eurípides haya visto algo, del culto dionysíaco en las montañas macedonias, que le haya dado frescura de realidad, en su imaginación, a las leyendas de las Ménadas des-

cuartizadoras de hombres y hacedoras de maravillas.

Pero aún cuando se acepte todo esto como cierto, queda todavía un punto, un hecho, de cardinal importancia, en que repararon los viejos críticos dejándose llevar a tal exceso que los modernos, por reacción natural, tienden a veces a negarlo del todo. Hay en *Las bacantes* glorificación verdadera de Dionysos, glorificación sentida con todo el corazón.

Eurípides no sostiene la objetividad que hemos indicado. En los pasajes líricos sentís veces tras veces que ya no son objeto de observación y de análisis las Ménadas. El poeta se ha entrado en ellas y ellas en él. Veces tras veces las palabras que caen de los labios del Coro no son las de locas Bacantes sino las reflexiones suaves y hondas de la meditación de un filósofo.

Sir Gilbert Murray

(Seguirá en la próxima entrega.)

Cartas hiperbóreas

El crepúsculo de las dictaduras

y 4

(Véanse las entregas 5, 6 y 9.)

El cable anoche anuncia que los estudiantes de la Habana fueron ametrallados por la tropa de guardia en el palacio de la Presidencia y frente a las oficinas de *El País* por haber ido allí a protestar contra la consabida administración del presidente Machado.

Hace mucho tiempo—desde el decreto presidencial que bajo pretexto de defender el buen nombre de Leguía «me prohibió» en la prensa oficiosa de Cuba—que he perdido el hilo en detalle de lo que allí esta pasando; si bien cada día adviértese con más claridad una definición categórica del *consensus* público: no más.

El general Machado—admirador antier de Primo de Rivera, ayer de Leguía y hoy supongo de Gómez—pues se están acabando los del género con un mes o cosa así de diferencia—debería tener presente lo que el dictador por excelencia, el super-déspota italiano, hombre

que reúne en sí, innatas, auténticas, sin mezcla de plagio alguno, las virtudes brillantes y las sombras profundas de su raza y de su concepción, define como base del fascismo bien entendido: «fuerza y consentimiento».

El general Machado que al parecer tiene un concepto gubernativo simplista, ecuóreo, de vialidad, docente; el general Machado, cuyos comienzos administrativos saludamos con júbilo y que luego nos fue dejando en la mayor perplejidad cuando comenzó con sus equilibristas calofrantes entre la prórroga y la reelección, ese general que ponía cablegramas a Roma y a Madrid, construía una carretera enorme y un capitolio colosal, recibía a Coolidge, presidía la VI conferencia panamericana, se hacía erigir estatuas en España y cruzaba hacia todos los proscenios espectaculares por pasarelas de aclamación en uno como arranque entusiasta, entre ternos de hilo

blanco que tomaban pliegues de túnica proconsular y juramentos fúnebres sobre augurios calcinados o entrañas de aves litúrgicas abiertas y sangrando en el ara de los tributos, ese general grande rodeado de generales menores, todos patriotas, todos guerreros de la emancipación, todos vestidos de blanco, todos ministros, todos machados, ése que fue hombre simpático, cuando la luna de miel de la «regeneración» ha sido, en el fondo, una víctima de la gente que se le vino encima: desde los socios industriales hasta los jefes de partido. Fue, visto a distancia, desde este silencio acolchado de nieve—como llamó Mañach mi duro retiro—un tropel. Yo me figuraba ver a todo lo ancho del Prado, bajo un sol que funde los clavos de los zapatos, la multitud taraceada de cabezas negras y de cabezas blancas, descamisada, sudando, entusiasta, arrebatándose las hojas todavía húmedas del *Heraldo de Cuba* propiedad de Céspedes y dirigido por el coronel Carlos Machado—el Arnaldo de este Benito—la multitud terrible y profunda en un ímpetu de amor patrio, de conmovedora fé hacia los manes, los augures, los lictores y las águilas clamando, desesperada de amor, de sol y de nacionalidad irritada:

—Dadnos a Gerardo o dadnos la muerte!

El grito de los días sigilosos de la maringua, en el litoral oscurecido de los desembarcos vía Nueva Orleans; el alarido heroico de los estudiantes contra las tapias del castillo del Príncipe. ¡La patria grande como la soñó Martí, el apóstol! representada ahora bondadosa, sonriente, en *palmbeach*, con espejuelos y una mecha cana a la ráfaga encendida del Malecón, y una mano-omnisciente, omnipotente y fatal de progreso, de aguas, de caminos, de escuelas, de generales de prórrogas y de reelecciones y de salpicaduras de sangre y de melazas y de crisis y de austeras promesas,—abatirse, solemne, augural, sacramental, una mano que de tanto ser mano alzada se ha venido a convertir en manopla, una mano de gendarme de tráfico o de emblema masónico o de papel de cartas, una mano en fin ante la cual posternábanse en éxtasis, en trance como bajo el embó brujo de la campaña negra, manos de hombres de todas las condiciones y de todos los partidos, levantada está sobre el horizonte de la isla feliz, con sus cinco dedos como cinco rayos del foco de su palma, sellando toda protesta, toda miseria, toda hambre de pan o de justicia con la liturgia sacramental:—Yo juro!

El general había jurado. El general juraba. El general juraría siempre.

De una parte la poca previsión del pueblo de Cuba—¡a cada quien su responsabilidad!—sacando de sus casillas de general honorario en forma de político primero y luego en la presidencia a este excelente hombre «de mediana edad» que hubiera llenado a satisfacción un mando militar subalterno o acometido nuevos y suculentos negocios en un ambiente de transacciones mercantiles privadas, para convertirlo en la encarnación de Cuba y de su destino. De la

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:		
CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPE
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA

otra parte ¡el sol! ¡Los uniformes, los penachos! Mussolini con sus jeringas, Primo de Rivera con sus censores previos, Leguía con sus San Lorenzos y Juan Vicente a chicotazo limpio, nada, el hombre se nos volvió loco y ya en pleno delirio se efectuó en él esa intervolución o autoencarnación de la patria ¡los hombres, la tradición, los monumentos, la caña de azúcar, la historia, los americanos, todo en sí, para sí, de sí en un monstruoso hermafroditismo psicológico de fecundarse a sí mismo y reproducirse infinitamente y ser un organismo compendio, un organismo máximo y resumen un superoorganismo: el juez de paz, la comadrona, el sumo sacerdote, el tribuno, el héroe, la patria, el continente, la humanidad, en fin! ¡Y todo ello, modestamente, en un ambiente bu-

cólico de finca «Nenita» y bajo cierta grandeza catoniana de «Clemente tú» y «escucha Carlos Miguel»...

Lo único que olvidó y está olvidando el presidente Machado es la definición del pontífice del fascismo: fuerza y consentimiento.

Las algaradas de la Habana revelan que el bimonio está rato; no tiene el «consentimiento»

¿Le queda «la fuerza»?

Caso de que le quede, con ella no puede obtener lo otro: puestos de frente, los dos términos se excluyen. Con el «consentimiento» si no tiene la fuerza, nada puede hacer; con la fuerza si no posee el consentimiento todo puede deshacerlo, todo, hasta lo que de bueno haya hecho en un lustro.

José Rafael Pocattera

Tablero

=1931=

Un cuento de E. A. Poe

La comisión parlamentaria presidida por el congresista Fish, lanza un grito de alarma sobre los rascacielos serenos de Saxoamérica. Estamos invadidos, dice más o menos, por el comunismo. Hay 600.000 hombres que conspiran contra nuestra grandeza, nuestra prosperidad, nuestra paz, nuestra alegría. Son comunistas! Desterrémoslos. Ahorquémoslos. Eliminémoslos. Encerremos a U. S. A. en un cinturón de gente respetable, que cierre en los puertos la entrada a todo inmigrante. Pongamos un ángel en la puerta de América para que no se turbe el paraíso donde los otros ángeles mastican chewingum por 24 horas diarias. Quiénes serán los que ingresen al comunismo? Los negros, los rusos, los mexicanos, los chinos, los vagabundos de las llanuras y los montes, las gentes poco respetables. Eso es lo que grita el señor Fish.

Con perdón suyo, Mr. Fish. Pero aunque no vivimos en su inefable país, dulce y fuerte, creemos adivinar que no es comunismo lo que hay ahora en Estados Unidos. Pasa allí lo que nunca sucedió en el asfalto de sus calles, bajo la sombra dura de los rascacielos. La prosperidad tambalea, allí también. El Paraíso comienza a hacerse tan árido como las orillas salitrosas del Mar Muerto. Ha llovido, al fin, sobre la villa el fuego del cielo, que parecía estar destinado a caer sobre otros países, eternamente, en pestes, guerras, desolaciones, terremotos, huracanes y miseria. Eso! Hay miseria en Estados Unidos! Y los miserables, señor Fish, no son comunistas, son gentes que tienen hambre. Las personas sensatas cuando oyen un lamento de hambre suelen comentar con temor: los revolucionarios han llegado. Nó. Ha llegado el hambre. Hay colas largas, serpientes de hombres, a la puerta de las casas donde se da pan gratuitamente a los que lo han menester, en Nueva York, donde jamás

hubo un mendigo. Y esos no son comunistas. Naturalmente sienten hoy mucha más simpatía por el ideario político de Lenin que por el del señor Hoover, porque en el régimen de la prosperidad conservadora se ha visto destruida su felicidad. Sienten más inclinación por los demócratas que por los republicanos. Aclaman más al vagabundo que al policía. Cristo les entusiasma más que Babbitt. Chaplin más que Menjou. El comunismo más que el discurso aterrado de Mr. Fish. Pero todo eso no es sino hambre.

Calma, Mr. Fish. Que devuelvan la prosperidad al mundo, y los enemigos de la sociedad estarán tranquilos. Y si no, cierre usted todas las barreras, levante muros altísimos, deje sólo

a las gentes de buena voluntad y bien educadas, y cuando usted menos lo piense, ahí estarán otra vez los llamados comunistas, como en el cuento de la fiebre roja de su paisano, Poe. La muerte roja entraba al baile de máscaras del castillo hermético en que se reunían todos los hombres sanos, mientras la comarca estaba asolada por la peste, y se podían en las zanjas los cadáveres hinchados y bermejos. El llamado comunismo, como lo ve Mr. Fish, es hambre. Tranquílicese Mr. Fish. No tienen que sacarle a nadie sus ideas de la cabeza, ni cortársela: es mucho más fácil: darle de comer a todo el mundo y no habrá más de esos comunistas de que usted habla.

(De El Tiempo, Bogotá.)

Del testimonio de Sarmiento...

(Viene de página 156)

toda su vida pública el carácter de estricto partidario; y antes se reservó siempre el derecho de aceptar y abogar sólo por aquellas medidas que él consideraba fundadas en la justicia. Es muy digno de notarse, a este respecto, que en ninguno de sus escritos ni discursos, que versan sobre casi todos los puntos de moral, política y economía social, se divisa este espíritu de bandería. Su elevado entendimiento y generoso pecho se revelaban contra todo lo que era sectario y servil.

No educándose para gobernar aristocracias como en las Repúblicas de Roma o de Venecia, de las entrañas del pueblo saldrá siempre el que mejor comprenda sus necesidades, el que más servicios le preste, el que mejor y mayor número de aspiraciones a elevar el país al nivel del siglo, concilie y represente.

La educación común obra sobre una masa ilimitada de seres y despierta el talento, la virtud, el genio que habrían sin ella quedado ocultos y malogrados, como los gérmenes que faltos de calor y humedad, dejan de fecundarse en el seno de la tierra.



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

Nuevos libros

Jorge Mehlis: <i>Plotino</i>	3.50
B. Schwartz: <i>La psicología del llanto</i> ...	3.25
Luis Araquistain: <i>La Revolución Mexicana</i> Sus orígenes. Sus hombres. Su obra	5.00
G. Grinko: <i>El plan quinquenal de los</i> <i>Soviets</i>	5.00
H. Mann: <i>El Angel Azul</i> . Novela.....	3.50
E. Duvillard: <i>Las tendencias actuales de</i> <i>la Enseñanza Primaria</i>	3.50
Aristóteles: <i>Lógica</i> . 3 tomos.....	12.75

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica